

BICENTENARIO  
DEL PERÚ  
2021 - 2024



Sociedad Geográfica  
de Lima



# **LA GEOGRAFÍA DEL ORIENTE PERUANO Y LOS JESUITAS**

POR

SANTOS GARCÍA, S.J.

Lima, 2023

Segunda edición 2024



**Sociedad Geográfica  
de Lima**

## **LA GEOGRAFÍA DEL ORIENTE PERUANO Y LOS JESUITAS**

### **© Sociedad Geográfica de Lima**

Sociedad Geográfica de Lima  
Jr. Puno 450, Lima; Casilla 100-1176, Lima-Perú  
Tel. 426-9930 anexo 33  
publicaciones@socgeolima.org.pe  
www.socgeolima.org.pe

**Editor:** Nicole Bernex Weiss

**Autor:** Santos García, S.J.

**Diseño y diagramación:** Melissa Malquichagua Morales

**Primera edición:** Imprenta Torres Aguirre, S.A., 1945

**Segunda edición:** Sociedad Geográfica de Lima, diciembre 2024

### **Libro digital disponible en:**

<https://socgeolima.org.pe/categoria/libros-especializados/>

**ISBN:** 978-612-4344-27-5

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2024-13912

## PRESENTACIÓN

Es con gran satisfacción que la Sociedad Geográfica de Lima vuelve a publicar el estudio prolijo de su insigne miembro, el hermano jesuita Santos García Ortiz S.J., “La Geografía del Oriente Peruano y los Jesuitas”. Este trabajo fue presentado por la Sociedad Geográfica de Lima al Congreso Científico Americano de Washington en mayo de 1940, “como valiosa contribución de estudio sobre la hoya amazónica”, y reconocido como tal.

A razón, generaciones de alumnos y exalumnos se maravillaron ante toda la obra de su insigne maestro y geógrafo, el granadino Santos García S.J. (1885-1967). Enseñó a generaciones de jóvenes, desde un conocimiento construido a lo largo de múltiples viajes a lo largo y ancho del territorio. Acaso, y con la ayuda de sus jóvenes estudiantes, no construyó en 1921 el primer mapa en relieve del Perú.

Cuarenta años más tarde, en ocasión de las bodas de oro del hermano García, uno de aquellos jóvenes alumnos, el doctor Aurelio Miró Quesada Sosa evocaba “cómo el hermano Santos pintaba en el mapa la nieve sobre las crestas de las montañas, siguiendo con precisión sus observaciones de campo de aquellos nevados, ...*Esto nos da una idea de lo que debe ser la ciencia: honestidad y arte*”<sup>1</sup>

---

1 <https://elcomercio.pe/luces/aurelio-miro-quesada-sosa-25-anos-de-su-partida-las-lecciones-de-don-aurelio-el-comercio-noticia/>



Sus libros de geografía nos revelan su profundo y cautivador conocimiento del Perú, su experiencia biofísica y social del país; también cuán importante es reconstruir siempre la memoria de nuestros territorios. Indudablemente, el hermano Santos García era profundamente enamorado del país, observador fino del territorio, de su ocupación y organización. Por eso, organizaba viajes y eventos para verificar los descubrimientos realizados y conocer mejor la relación entre las sociedades y su entorno.

En 1951, por su impresionante labor el Gobierno del Perú le concede las Palmas Magisteriales, máximo galardón que otorga el Estado peruano a quienes contribuyen al desarrollo de la educación, siendo uno de los seis primeros condecorados de la historia<sup>2</sup>.

El libro que volvemos a editar es memoria de los encuentros, diálogos, convivencias y aprendizajes compartidos entre los misioneros de la Compañía de Jesús y los pueblos indígenas de la Amazonia desde

<sup>2</sup> <https://inmemoriam.jesuitas.pe/1967/08/08/hno-santos-garcia-sj/>

los primeros años del siglo XVII. Permite colmar lagunas dejadas por otros, presentando unas de las más bellas e importantes páginas de la historia de la geografía del Perú y del mayor esfuerzo y producción cartográfica, al terminar el siglo XVIII. Nada detenía al hermano Santos García, su necesidad imperiosa de conocer mejor las rutas de la Misión, su cuidado científico y su fe le hacían confiar hasta en “un día de viento y lluvia a una frágil avioneta, guiada por el audaz piloto D. Juan Pardo” (ver foto).

Santos García SJ. nos describe con detenimiento la vida cotidiana, la compenetración de los misioneros con los pueblos y los limitantes que significaban la enorme diversidad de lenguas y dialectos, ante lo cual todo lector podrá solo asombrarse, realizando cuantos pueblos han desaparecido y otros viven en peligro de extinción. Nos hace transitar por la selva virgen y conocer “la tierra y la naturaleza, enseñando a los hombres el camino del cielo”, a la par con tantos misioneros jesuitas.

Finalmente, la Sociedad Geográfica de Lima y todos sus miembros expresamos nuestra profunda gratitud a Monseñor Alfredo Vizcarra Mori SJ, Obispo de Jaén por aquella introducción que inserta la obra del hermano Santos García SJ., en nuestro mundo, en el corazón de nuestra “querida Amazonía”, construyendo puentes entre la obra misional de ayer y de hoy, entre Fe y Ciencia, llamándonos a más cercanía, desde la memoria, la cotidianidad, el amor fraterno y la búsqueda de la Verdad.

Asimismo, va nuestra gratitud al Padre Fernando Roca SJ., por su prólogo, su apoyo y contribución fotográfica. A ambos, gracias por ayudarnos a editar nuevamente esta obra que, desde el inicio de su lectura, se enraíza en los corazones, construye fraternidad e identidad, despierta la “cultura del cuidado”, fortalece el alter ético, la Fe y el amor patrio. ¡GRACIAS!

**Nicole Bernex**

*Presidenta Emérita*

*Sociedad Geográfica de Lima*



## **PRÓLOGO**

### **EL ORIENTE PERUANO Y LA PRESENCIA JESUITA EN EL SIGLO XXI**

La Compañía de Jesús (Padres y Hermanos jesuitas) en el Perú se encuentra actualmente trabajando en la jurisdicción eclesiástica del Vicariato de Jaén. Incluye las provincias de Jaén y San Ignacio en la región Cajamarca y la parte norte de la región Amazonas con las provincias de Condorcanqui y el distrito de Imaza en la provincia de Bagua. Son territorios a los que hace referencia el Hno. Santos García en la presente obra.

La superficie del Vicariato de Jaén es de 32,524 km<sup>2</sup>. Pueden distinguirse dos regiones geográficas con una demografía particular. La primera conformada por las provincias de Jaén y San Ignacio en donde están los dos mayores centros urbanos del vicariato: la ciudad de Jaén, 81,517 hab. (censo 2017) y la ciudad de San Ignacio con una población estimada de 15,130 hab. (censo 2017). Encontramos ecosistemas, muy intervenidos en algunos sectores, que van desde los bosques secos tropicales del Marañón en las partes bajas hasta los bosques de neblina y los páramos en las partes altas, con muchos endemismos en flora y fauna y alta biodiversidad. La población es principalmente de origen campesino, migrantes de otras provincias de Cajamarca, de la sierra de Piura y sierra de Lambayeque y del sur de la región Amazonas. Su obispo, Monseñor Alfredo Vizcarra, es jesuita. La Compañía de Jesús estuvo durante muchos años presente

en las dos grandes ciudades de esta parte del Vicariato y en muchas otras ciudades menores y caseríos. Actualmente existe sólo una comunidad de los jesuitas en la ciudad de Jaén.

La segunda región está comprendida por la provincia de Condorcanqui y el distrito de Imaza en la Provincia de Bagua. Una zona de transición desde los ecosistemas de bosques secos tropicales y de neblina, hacia los bosques húmedos de la selva alta y selva baja. Su población es mayoritariamente indígena, de las etnias awajún y wampis con una minoría de migrantes provenientes principalmente de las sierras de Cajamarca (Cutervo, Chota) y de Piura.

Este es el territorio actual del que el Hno. Jesuita Santos García hace referencia en su obra publicada hace más de 75 años. El trabajo del Hno. Santos García se inscribe dentro de la saga de jesuitas naturalistas, geógrafos, etnógrafos, historiadores, que han caracterizado a los miembros de la Compañía de Jesús.

Indudablemente el lenguaje y la realidad que el autor presenta en esta reedición de su libro, corresponden a la época en la que fue escrito (Lima 1945). Ambos, hoy por hoy, han cambiado mucho. Tanto en las expresiones como el territorio que describe.

La obra LA GEOGRAFÍA DEL ORIENTE PERUANO Y LOS JESUITAS de Santos García, SJ, miembro de la Compañía de Jesús, se suma a otros trabajos pioneros para el estudio de la geografía peruana. A él también se le debe el mérito de haber publicado una serie de libros de texto para la enseñanza de la geografía en las escuelas de nuestro país, materia que, por razones incomprensibles, ha sido retirada de los programas de estudio de nuestros colegios actuales y que esperamos pueda reconsiderarse su reincorporación. Nadie puede amar lo que no conoce, y la geografía es una ciencia fundamental para aprender a conocer y amar este país tan complejo que es el Perú.

La relectura pausada de esta obra nos hará ver los desafíos, aciertos y errores, de la presencia de una orden religiosa de la Iglesia Católica

que optó por un servicio incondicional a las personas más necesitadas de este territorio sin dejar de lado a todos los otros habitantes y al mismo tiempo desarrollar en sus inicios, junto con el trabajo pastoral, las áreas de educación y salud. Años después se incorporará el concepto de Ecología Integral. La Ecología Integral, propuesta por el Papa Francisco en su Encíclica *Laudato Si* supone un desarrollo sostenible capaz de integrar lo social, lo cultural, lo económico y lo ambiental. En ese desafío se encuentran inmersos los actuales actores del Vicariato, entre los cuales se incluyen los jesuitas, Padres y Hermanos miembros de la Compañía de Jesús.

Gracias a la Sociedad Geográfica de Lima podemos tener nuevamente en nuestras manos, con un comentario del actual Obispo del Vicariato de Jaén, esta pequeña joya que describe un territorio y narra su historia, que, en la época de su publicación, era aún muy poco conocido por los peruanos y que aún hoy guarda secretos, en algunos casos sigilosamente custodiados, por los pueblos awajún y wampis.

**Dr. Fernando Roca Alcázar SJ**

*Sociedad Geográfica de Lima*

*Pontificia Universidad Católica del Perú*



## COMENTARIO

Había pensado centrarme en el método de los jesuitas para llevar a cabo la misión de evangelizar a los Pueblos Indígenas de la Amazonía en los siglos XVII y XVIII, pero creo que lo que aquí nos es descrito es más un modo de ser y de proceder de los jesuitas de aquel tiempo y de nuestro tiempo, el cual proviene de la identificación con Jesús y el Evangelio, que, en realidad, son una y misma entidad. Es que, en efecto, la misión evangelizadora tiene su origen y su inspiración continua en la experiencia de conocimiento interno de la persona de Jesús. Lo que intenta el misionero es encarnar, con todas las limitaciones personales y las de su entorno, la experiencia liberadora de Jesús con vistas a contribuir a que nuestro mundo se vaya abriendo cada vez más a la presencia amorosa del Padre/Madre Dios, origen de la vida, y por eso, vida verdadera y abundante para la humanidad. Los métodos pueden ser educativos, científicos, técnicos, religiosos... eso tiene su importancia y su aporte innegables a cada una de estas disciplinas para el conocimiento y para el desarrollo de la humanidad, pero lo que aquí se trasluce de manera más implícita que explícita es este modo de ser y actuar basado en la fe en Jesucristo y la respuesta que está fe entraña y que orienta toda la existencia, el porqué, el paraqué y el cómo de ella, desde sus detalles, los más pequeños, hasta las más complejas y grandes empresas, como la que nos es presentada en este relato. De tal manera que aquí podemos ver una concreción de aquella máxima que se encuentra como epitafio de la tumba de San Ignacio: *“Non coerceri a máximo, contineri tamen a minimo divinum est”*; que traducido dice: “Cosa divina es no tener límites para lo más grande y, sin embargo, estar contenido entero en lo más pequeño”.

En el relato que nos hace el Hno. Santos García, S.J. sí se habla de algunos métodos o estrategias, pero, en imitación del propio Jesús, estos están orientados a hacer accesible el evangelio. En ese sentido es interesante señalar, por ejemplo, el interés que ponen los jesuitas en que en primer lugar su presencia sea bien acogida por los jefes de las tribus que tenían en mente “reducir”.

Mi interés al escribir este breve comentario es hacer notar que este libro es un extraordinario testimonio de una mirada unitaria e integrada de la existencia humana abierta a la trascendencia, la más alta. Aunque debemos señalar que lo hace, sin afirmarlo de manera tan explícita, cuando manifiesta que la justificación y el sentido de todo lo humanamente encomiable de esta empresa de más de 100 años es en primera y última instancia la fe en el Dios creador y redentor nuestro.

En la lectura de la contribución que los jesuitas hicieron a la evolución de la demarcación del territorio peruano del segundo siglo de colonia española, el Hno. Santos García, S.J., ha sabido resaltar la tremenda importancia de sus hallazgos para la ciencia geográfica e histórica de aquella época y aún para la actual, destacando que ellos fueron los pioneros en la elaboración del primer mapa que va desde los orígenes del río Marañón en Lauricocha, hasta la desembocadura del río Negro en el Amazonas actual. Destaca este relato en primer lugar la extraordinaria precisión del trabajo de observación y de diseño cartográfico llevado a cabo con unos recursos tecnológicos tan poco desarrollados en aquel entonces, subrayando la enorme cantidad de información plasmada en él, la cual incluye datos hidrográficos, orográficos, y poblacionales todavía desconocidos en ese momento; estos últimos registrados en listas anexas de los pueblos que se fueron creando con los diferentes grupos nativos reducidos en las cuencas de ese vasto territorio. En segundo lugar, da cuenta de manera tan dramática de las condiciones tan adversas en que llevaron adelante esta empresa, la misma que costó la vida a tres memorables investigadores jesuitas que sin temor a tan grandes peligros prosiguieron tenazmente

en su empeño por descubrir la vía más fácil y corta para vincular Quito con el territorio de misión en el Marañón.

Este esfuerzo heroico, de gran generosidad y desprendimiento de sus propias vidas no se entiende si no se presta atención a la motivación. En efecto, esta es la que subyace, sostiene e hizo posible tan grandes hazañas y encomiables exploraciones cuyo valor e influencia en la historia de la constitución de las naciones de nuestro continente no ha sido suficientemente valorado, no sólo en su época, sino aún en nuestros días. Como está muy bien relatado en las páginas finales relativas a la “la exploración del P. Fritz...”, aquella motivación les viene a los misioneros no de intereses mezquinos que tienen que ver con recompensas al esfuerzo desplegado, con beneficios económicos condicionantes de la labor de investigación, o que se pueden obtener de la explotación de los recursos naturales de la Amazonía; tampoco está relacionada con prestigios alcanzados por hallazgos de orden social, político, cultural u otros; ni siquiera les viene este impulso y resolución de puras curiosidades del espíritu científico humano por más loable e importante sea este. La motivación de la que se trata y que tan bien ha sido expresada en este documento es una anterior a todo inmediato interés o necesidad, estamos hablando de un móvil que es aún más primordial que todo saber humano, por más alturado y admirable sea este. Su trascendencia le viene a esta motivación de la experiencia de un Dios siempre Mayor, inabarcable y generoso que abre la mente del misionero, su corazón y todo su ser a la gran diversidad de todo lo creado y a la enormidad de posibilidades que el devenir de nuestra historia nos va presentando. Por eso su actitud es humilde y le conduce a entender todo su quehacer como un sencillo acompañamiento de los procesos a los que quiere servir con todas sus habilidades, competencias y dotes. Siendo, además, pacíficamente consciente de que en este acompañamiento participa también con sus límites y deficiencias que entorpecen el mismo, pero que encuentran su solución y respuesta en ese mismo Dios siempre Mayor, manifestado en la extraordinaria acogida de todo lo creado y de nuestra historia humana en los brazos abiertos de Jesús en la Cruz,

ante quien el centurión se exclama diciendo: “en verdad este hombre era el Hijo de Dios” (Mt 27,54).

La tarea, según lo expresa el mismo García era benéfica y civilizadora. Se puede cuestionar y considerar, desde las categorías de nuestra época, que esto fue simplemente una manera de imponer la civilización a costa de la desaparición de la cultura y el modo de vivir de los PP. II. Que fue una pura colonización. No discordamos con esta observación moderna en que efectivamente, el interés de la corona española fue de colonizar. Sin embargo, no por ello esta misma postura de nuestro tiempo moderno se puede considerar libre de estar practicando aquello que critica (Cfr. “Querida Amazonía” nro. 16 y su nota 13). Dado que la cultura moderna, tal vez no mata con armas para imponerse, pero mata con la instalación de los servicios básicos (de salud y educación) de pésima calidad que el Estado brinda, en “el cumplimiento” de su responsabilidad para con estos PP.II., porque también son peruanos, y como tales sujetos de derechos cuya satisfacción tiene que asegurar; mata por la presencia de otros pueblos, los llamados colonos que, llegados de otras partes, han impuesto otros usos de los recursos naturales cuya explotación responde a necesidades de otras latitudes con las cuales ellos comercian (minería, tala, caza de animales, prostitución, producción intensiva de monocultivos, etc.); matan porque los indígenas no sólo no conocen este funcionamiento del mundo del comercio resultándoles difícil entrar en él, sino que además, para ello tienen que romper con argollas con las cuales se teje la red comercial; matan cuando en este nuevo sistema económico comercial los indígenas no son capaces de generar recursos suficientes para subvenir a sus necesidades de alimentación, educación y salud, y se ven arrastrados a problemas de malnutrición endémicos. De pronto, ellos se encuentran en una relación con este otro mundo, el de la civilización occidental, que les ha traído no sólo pero sí muchos perjuicios desde que llegó, y eso en el territorio que ellos habitan desde miles de años antes de la llegada de la conquista y de la evangelización.

La tensión de esta empresa misionera estará siempre presente, por un lado la intención y el objetivo de la evangelización es benéfico en el sentido de aportar a la cultura valores que vienen de la revelación del Dios de Jesucristo (como la superación de la venganza) a través de una educación intercultural adecuada que no solo les permita aprender nuevas tecnologías para la explotación de las riquezas contenidas en los bosques, sino que también les permita una mirada crítica que les ayude a contrastar los principios de la cultura que vehicula esas tecnologías y los de su propia cultura, de manera que puedan por ejemplo reconocer la importancia y necesidad de valores como el perdón y la reconciliación para toda convivencia colectiva capaz de una amistad social y abierta a una fraternidad universal (Cfr. “Fratelli tutti”) que va más allá de las fronteras de la identidad étnica, aunque sin renunciar a ella. Por otro lado, esta tarea que, partiendo de esta extraordinaria motivación, se hace en el entramado de los procesos personales y sociales de nuestra historia, el cual se va tejiendo lentamente, con los diferentes matices que caracterizan cada época y con la pesantez de nuestra condición humana.

Los tiempos han cambiado, la motivación sigue siendo la misma, las líneas pastorales son más o menos las mismas. Los misioneros hoy se ven desafiados por la atracción que ejerce la Amazonía a las grandes empresas extractivas de sus recursos, que ven a la Selva como si fuera una despensa inagotable (el mito del dorado en versión moderna) y que para conseguir su objetivo tienen poca consideración por los efectos negativos que su intervención provocará sobre el ecosistema<sup>3</sup>. Esta presencia despierta el interés de los nativos de las comunidades que no tienen acceso a los servicios básicos, que no tienen posibilidad de estudiar, que no pueden desarrollar actividades productivas que les generen ingresos económicos. La tensión personal y social se genera frente a la disyuntiva que la búsqueda de futuro les plantea:

---

3 Entendemos ecosistema según está expresado en los primeros números del capítulo IV de la *Laudato Si'* (138-140) en que se aborda toda la realidad fundamentalmente como relación, desde las partículas subatómicas pasando por los animales y plantas, las formas de sociedad humana más complejas hasta las dimensiones espaciales ignotas. ¡Todo es relación!

defender el ecosistema cuidando todo lo que allí es expresión de un modo de vivir que a lo largo de los siglos ha mantenido la armonía y el sentido de la vida cerrándose a la civilización occidental, o abrirle puertas a esta cultura diferente que se acerca a la Amazonía desde otra perspectiva diferente, en la que predomina el lucro como criterio de toda intervención. En esa tensión los misioneros tienen que llevar a cabo su labor de Evangelizar, que no se expresa ni en primer término ni únicamente como anuncio de un conjunto doctrinal, sino como el proceso de acompañamiento de este pueblo fundados y orientados por el Evangelio.

La misión queda abierta así a una multiplicidad de acciones como respuesta adecuada e inculturada que nace del diálogo vital con esta realidad: acción educativa intercultural desde una perspectiva de la ecología integral, acción social para la defensa de los derechos de los PP.II., acción de promoción y protección de la mujer, acción de formación de nuevos liderazgos, acción de difusión de la fe que se desprende de esa presencia que acompaña la vida de ese pueblo. Y hoy como hace cuatro siglos la motivación, la fuerza, la luz de toda acción misionera será la misma.

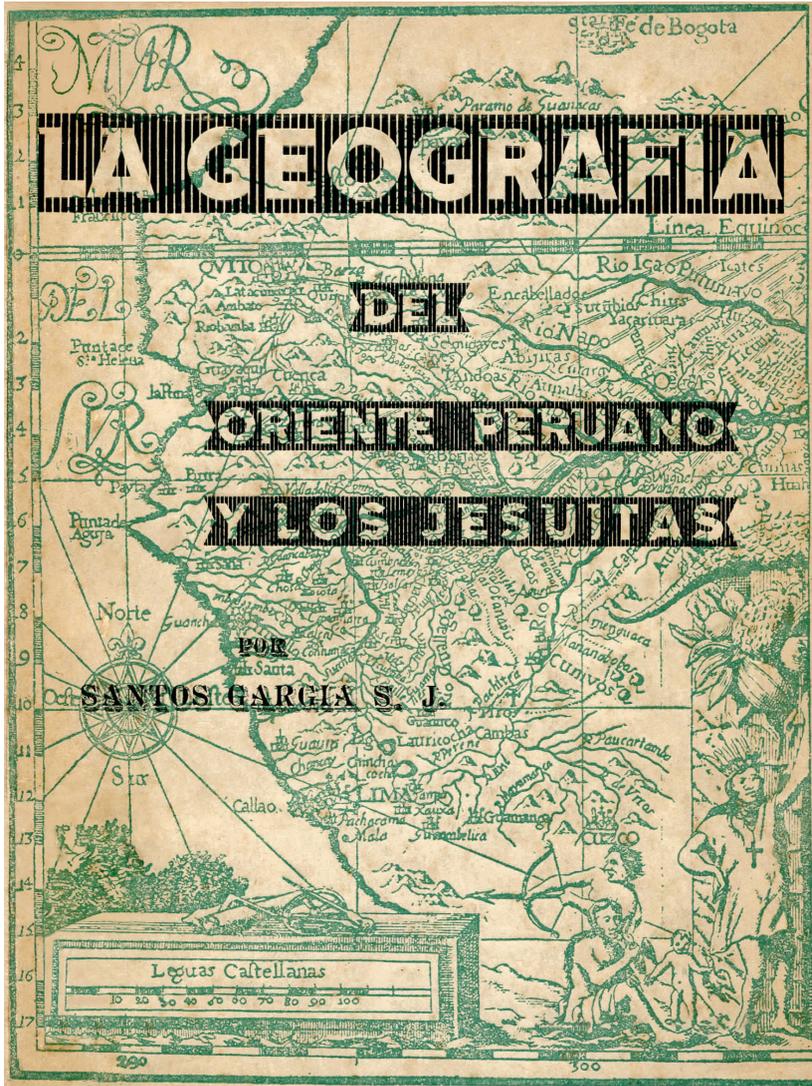
**Monseñor Alfredo Vizcarra Mori, SJ.**

*Obispo de Jaén, Cajamarca, Perú*

*Enero, 2023*

## ÍNDICE

	Pág.
Presentación .....	V
Prólogo: El oriente peruano y la presencia jesuita en el siglo XXI ....	IX
Comentario .....	XIII
Prólogo a primera edición .....	5
La geografía del oriente peruano y los jesuitas .....	7
Viajes y exploraciones .....	8
Exploración del Napo por el P. Rafael Ferrer en 1605 .....	10
Exploración del Marañón y Amazonas por dos jesuitas .....	13
Exploración del Napo por el P. Santa Cruz- 1654 .....	17
Exploración del Pastaza por el P. Cueva – 1659 .....	19
Nueva exploración del Pastaza por el P. Santa Cruz- 1662 .....	21
Exploraciones del P. Fritz -1685-1693 .....	30
Labor cartográfica de los misioneros .....	44
Pueblos fundados e indios reducidos .....	62
Grupo del Marañón .....	66
Grupo del río Pastaza .....	68
Grupo del Bajo Marañón .....	68
Grupo del río Napo .....	71
Otros en varias regiones .....	73



MAR

DEL

ORIENTE PERUANO

Y LOS JESUITAS

SANTOS GARCIA S. J.

Leguas Castellanas  
10 20 30 40 50 60 70 80 90 100

# **La Geografía del Oriente Peruano y los Jesuitas**

POR

**SANTOS GARCIA S. J.**

DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE LIMA

Premiado con la Medalla de Oro en 1945 por la municipalidad de Lima, por su importante labor pedagógica en el Colegio de la Inmaculada de Lima (34 años).

---

Este trabajo fue presentado por la Sociedad Geográfica de Lima al Congreso Científico Americano de Washington en mayo de 1940, “como valiosa contribución de estudio sobre la hoya amazónica”.

**Prólogo del Dr. Emilio Romero**

Lima, julio de 1945

LIMA – PERÚ

---

IMPRENTA TORRES AGUIRRE, S. A.

CON LICENCIA ECLESIASTICA.

NOTAS:

*Las quince fotos primeras se deben al viaje de exploración de la nueva Misión hecho por su primer Misionero el R. P. Gonzalo Palacios de Borao*

*S.J. de Nov. De 1944 a Fbro. de 1945.*

---

*NUESTRA NUEVA MISION DE SAN JAVIER DEL MARAÑÓN.*

*Se extiende ésta en el Departamento de Cajamarca por parte de la Provincia de Jaén (excluyendo la Capital) y abarca en el Departamento de Amazonas casi toda la antigua Provincia de Bongará. La totalidad del territorio de la Misión tiene cerca de 76,821 habitantes. Eclesiásticamente es desmembración de las Diócesis de Cajamarca y Chachapoyas y se fijaron al Este de los límites de nuestra Misión con los PP. Pasionistas.*

---

*El mapa de la carátula es un fragmento del primer mapa del Marañón hecho por el P. Samuel Fritz y publicado en 1707.*

## PROLOGO

---

*El Hermano Santos García S. J., acaba de realizar una nueva y valiosa contribución a la bibliografía peruana con “La Geografía del Oriente Peruano y los Jesuitas”. Aun cuando este trabajo se refiere principalmente, como lo indica su título, a la magna obra del descubrimiento y colonización de los misioneros de la Compañía de Jesús, el aporte realizado por los Jesuitas es tan inmenso, que por sí sólo es suficiente para justificar toda la gran empresa de la conquista del Marañón y Amazonas.*

*El Hermano García, con su gran espíritu didáctico de que ha dado pruebas en sus libros de Geografía del Perú, comienza por situar el marco de acción o territorio donde los jesuitas tuvieron el teatro de sus atrevidas empresas descubridoras. Enseguida hace una relación detallada de los viajes y exploraciones en la región de Mainas, desde la primera vez que los jesuitas entraron en esa región, por la ruta de San Francisco de Borja, desde la ciudad de Quito por los años de 1638 y siguientes. Las exploraciones del Napo, del Marañón y del Amazonas, por los jesuitas, está narrada en forma lacónica, pero con caracteres tan vivos, que son suficientes para trazar con dos brochazos el cuadro grandioso y trágico del heroísmo y de la fe de los catequistas de la Compañía de Jesús, siendo digno de figurar como una de las más brillantes páginas del libro, el relato de las aventuras del Padre Santa Cruz.*

*Por todas las páginas del libro aparece el fervor y la inspiración divina que llevó a los misioneros a desafiar a los peligros de la desconocida selva en aquellos remotos tiempos. Su lectura*

*es edificante en grado superlativo y seguramente la juventud estudiosa encontrará deliciosa la lectura breve pero sugerente de los relatos del Hermano García. Para completar este cuadro, se encuentra en el libro una interesante relación de la obra cartográfica realizada por los jesuitas en esa región. Una relación de las lenguas matrices y de los dialectos de las zonas exploradas por los jesuitas, la lista de los pueblos fundados y el número de los indios reducidos, dan gran valor al opúsculo histórico-geográfico del Hermano García.*

*Libros como los que publica el Hermano García, son los mejores vehículos para que la juventud y las clases populares puedan ilustrarse sobre las hazañas civilizadoras del mundo, así como sobre el proceso de la formación de las naciones sudamericanas. Libros breves y escritos en lenguaje sencillo y atrayente, son las divulgaciones que deben hacerse en las clases populares, en grandes ediciones económicas, que permitan llevar la ilustración y el fortalecimiento del sentimiento patrio a todos los hombres.*

*El nuevo libro del Hermano García cumple esta misión, y por esto es muy grato subrayar una palabra de felicitación por el plausible afán de divulgación de las grandes cosas de nuestro país, paisajes, aventuras, misiones, todo aquello grandioso que es la geografía y la historia peruana.*

*Lima, abril de 1945.*

EMILIO ROMERO.

---

## LA GEOGRAFIA DEL ORIENTE PERUANO Y LOS JESUITAS

---

El campo de acción o territorio que sirvió a los jesuitas de teatro de las empresas más atrevidas y heroicas, durante los 130 años que en él trabajaron, o sea desde 1638 a 1768, se extiende al NE. del Perú, poco más o menos desde los meridianos 60 a los 78 longitud W de Greenwich, y desde unos 20' al N. de la línea del Ecuador hasta los 11° latitud S. En dicha región se encuentra una red inmensa de ríos que, entonces y ahora son casi en absoluto las líneas de comunicación que existen. Ellos son los caminos que por vez primera casi todos, descubrieron los jesuitas para la Geografía y la civilización, y que recorrieron centenares y algunos millares de veces.

Sabido es que el fin que tuvieron los jesuitas en la campaña civilizadora si las hay, de esa región, no fue otro que la conversión de los gentiles a nuestra santa fe católica. Que este fue el único fin, no es necesario probarlo, pues es uno de los principales de la institución de la Compañía. Además, todos los documentos, tanto oficiales como privados de aquellos tiempos, decretos reales, memoriales, relaciones de las

misiones, cartas de los misioneros, etc., lo prueban; y basta hojearlos para persuadirse de ello. La historia de la Compañía lo confirma.

Pero para conseguir ese fin, uno de los medios necesarios era el conocimiento del terreno, la situación de las tribus que iban a convertir, y los caminos para entrar a ellas; de ahí que estudiasen con tanto empeño y cuidado la Geografía de esa región, y nos dejasen datos preciosos de ella en sus escritos y mapas. Como dice un autor contemporáneo, este mundo virgen cautiva el ánimo de los misioneros jesuitas y les hacía al par que enseñar a los naturales el camino del cielo, estudiar con semejante empeño la tierra que esos salvajes habitaban.

Tres son los puntos que principalmente vamos a estudiar en este trabajo: primero, viajes y exploraciones; segundo, labor cartográfica, fruto de esos viajes y exploraciones, y tercero, labor social y civilizadora con los pueblos fundados e indios reducidos. Con ellos veremos lo que contribuyeron los Misioneros Jesuitas al descubrimiento, conocimiento, desarrollo y progreso de ese territorio, tan poco conocido aun en los tiempos actuales, y para muchos tan ignorada su gloriosa historia, rica en ejemplos y modelos de actos heroicos en pro de la civilización y progreso moral y material de sus pobladores.

## VIAJES Y EXPLORACIONES

La primera entrada que hicieron los jesuitas a la región de Mainas fue desde Quito, a la ciudad de San Francisco de Borja en febrero de 1638. Los llevó allá el fundador de ella don Diego de Vaca y Vega; y los primeros que entraron fueron los padres Gaspar Cujía y Lucas de la Cueva. Hay que

notar que fueron de Quito y no de Lima, porque la provincia jesuítica de Quito había nacido de la del Perú y se había separado de ella en 1608, y ese territorio dependía de ella para las misiones siendo como era del Perú.

Ya en este primer viaje de entrada tenemos una prueba de lo mal que entonces estaban las vías de comunicación, pues dirigidos por el mismo Vaca, tardaron de Quito a Borja 50 días. Sin embargo, por espacio de 100 años esa fue la ruta que siguió para ir de Quito a Borja. Pasaban por las ciudades de Latacunga, Ambato, Cuenca, Loja y Jaén, un sitio llamado el Embarcadero, y bajando Marañón abajo pasaban el famoso Pongo de Manseriche, gracias a la industria y destreza de los indios Mainas en pasar tan peligroso paso. Esta vía usaron tanto tiempo, pues no había otra mejor.

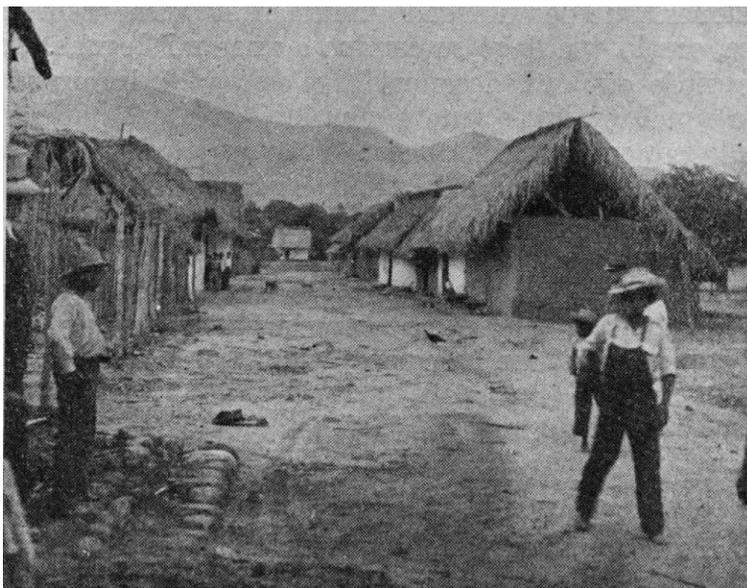
La ciudad de Borja se fundó en 1634 por el citado Diego de Vaca y Vega, quien la llamó así por el respeto al Virrey del Perú don Francisco de Borja, príncipe de Esquilache, nieto del General de los jesuitas San Francisco de Borja; pues ese Virrey le había dado en 1616 la gobernación de Mainas, cuando le pidió la conquista de dicha provincia y de los pueblos que Vaca fundase a su propia costa. Pero en los cuatro primeros años llevó una vida tan precaria, y cundieron tanto las dificultades y disensiones en ella, que para esa fecha estaba casi despoblada; por lo que acudió Vaca a los jesuitas para la pacificación de los vecinos con los indios y para seguir la conquista de las demás tribus. Por eso se la considera como fundada de nuevo en 1638. Ella fue el centro por mucho tiempo de la vida y movimiento de toda la región, el punto de partida de los viajes y conquistas de los misioneros y el centro comercial del poco comercio que entonces había.

La primera salida oficial de la conquista de los indios, la emprendió el P. Lucas de la Cueva, con una pequeña armadilla de indios y españoles de Borja en pequeñas canoas. Empezaron Marañón abajo, y después de algunos días de navegación, pararon en la orilla y penetraron a los Jeberos, los cuales se rindieron no sin hacer alguna resistencia y poner algunas dificultades. Fundó el P. Cueva el pueblo de la Concepción de los Jeberos, a orillas del río Apena, afluente del Marañón por la derecha y que desemboca casi enfrente del Pastaza que entra por la izquierda.

No siendo posible ni necesario, seguir paso a paso a los misioneros en sus viajes y exploraciones, nos fijaremos solo en aquellos que, por las dificultades que tuvieron que vencer y por ser los caminos que recorrieron como las vías principales en las correrías apostólicas que hicieron después los misioneros, ofrecen mayor interés; y sobre todo, por ser hasta entonces rutas completamente inexploradas y desconocidas para los civilizados, y muchas hasta para los mismos indios que vivían en las selvas; pues sabido es que, la mayor parte de las tribus tenían su territorio fijo más o menos extenso donde vivían y del que no salían, a no ser obligados por otras tribus que los perseguía, por las frecuentes inundaciones, si estaban a las orillas de los ríos, o porque escasease mucho la caza y la pesca y fuesen a buscarla a otra parte.

#### **EXPLORACION DEL NAPO POR EL P. RAFAEL FERRER EN 1605**

Entre los viajes de exploración, es uno de los más notables y ocupa el primer lugar en el orden cronológico el de P. Rafael Ferrer, español y valenciano, hecho en 1605. Vamos a hacer una breve reseña de él.



*Se deja a un lado Jaén, la capital. Lo que ahí se ve es la calle  
detrás de la plaza mayor*

Salió a principios del año citado de los Cofanes de quienes era misionero, o sea desde el alto Aguarico, sin más provisiones que su Cristo, su breviario y lo necesario para hacer sus apuntes, confiando sólo en Dios. Bajó por el Aguarico al Napo, y por éste al Marañón. Caminó más de 200 leguas en línea recta y más de 300 con las inflexiones. Fue descubriendo innumerables ríos transversales, con lo que llegó a su camino a unas mil leguas. En este viaje exploró, descubrió, conoció y se informó de todo aquel territorio, que según dejó escrito, estaría habitado por millones de almas. Todo esto lo hizo el sólo, sin más guía que la luz del cielo. Anduvo libre

entre las fieras tratando con amor y cariño a las naciones bárbaras, las cuales le correspondían con lo mismo. Y lo maravilloso es, que se entendió con todas las naciones y todas le entendieron a él. Hizo muchos apuntes muy exactos, como después se ha comprobado, de toda esa región.

En fin, tuvo la gloria de ser el primer jesuita que vio tan abajo el Marañón, de dar completa noticia de muchas de sus naciones y de abrir la puerta a sus hermanos para que después cultivasen el campo descubierto.

A los dos años y siete meses volvió sano y salvo a sus amados Cofanes, o sea en 1608. Hizo otra entrada de más de cien leguas hacia el oriente, por las cabeceras de los ríos, tomando apuntes, y de todo ello hizo una relación de la que envió una copia al Provincial de Lima pidiéndole misioneros. El Provincial le envió dos Padres en 1610.

Pero Dios le tenía ya preparada la corona de tantos trabajos sufridos por su amor y por la dilatación de la fe, y así permitió que un cacique del pueblo de San Pedro que él había fundado, le preparase la corona del martirio, haciéndole caer de un puente formado por un madero, al atravesar el río Cofanes, y que en él muriese ahogado. Dios hizo el milagro de que al caer en el agua no le arrebatase la corriente. Se mantuvo sentado sobre el río predicando al cacique y a otro que le acompañaba, diciéndoles que Dios les castigaría con las penas del infierno si no dejaban la vida viciosa que llevaban. Los indios le estuvieron oyendo espantados. Al cabo de un rato el P. desapareció en el río y el cacique volvió al pueblo contando a todos su hazaña, y contento de no tener quien le dijese nada ni le reprendiese, como lo hacía el P. aunque con mansedumbre, por tener varias mujeres, pues esta fue la causa de la determinación del indio.

El pueblo, que amaba mucho al P. recibió la noticia con

horror. Murió en 1611, después de haber trabajado 9 años con los indios.

Y tenemos ya el primer mártir de su celo por la conversión de los pobres indios, que vivían sumidos en la barbarie más completa, y una prueba de la ingratitud humana con sus bienhechores, cuando se olvida de su deber moral y no oye sino la voz de sus pasiones, que gritan y arrastran en pos de sí a quien no las domina.

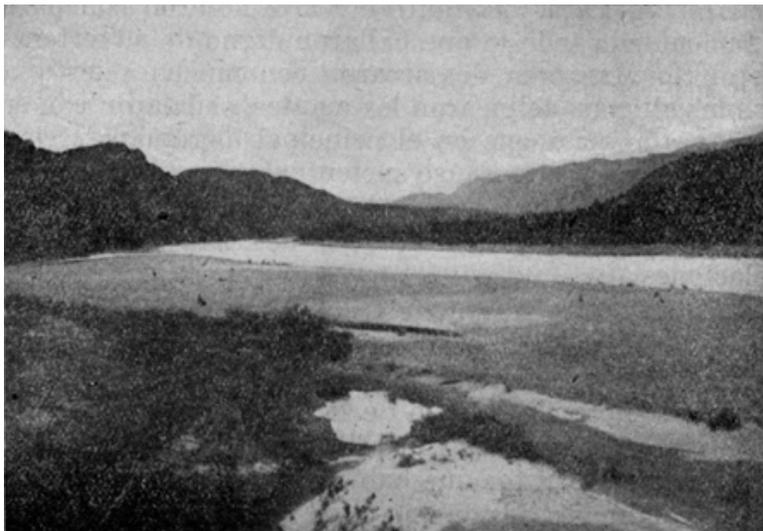
### **EXPLORACION DEL MARAÑON Y AMAZONAS POR DOS JESUITAS**

Otro de los viajes muy notables, y el primero por su extensión, fue el de los padres Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda desde Quito al Pará por el Napo, Marañón y Amazonas, en 1639.

Tenían los Franciscanos una misión por los ríos Napo y Aguarico, y con ellos algunos soldados. Un día el capitán de ellos Juan de Palacios, en unas diferencias que tuvieron con los indios, dio al hijo del cacique un pescozón. Esto bastó para que con la aversión que ya tenían a los españoles por razón de las encomiendas, rodeasen todos al capitán y le atravesasen a lanzadas. Al ver la actitud de los indios, se volvieron a Quito los Padres franciscanos, pero no así dos legos que les acompañaban y no estaban con los Padres en aquellos momentos. Temiendo que los matasen a ellos, se metieron en una canoa con seis soldados y navegaron por el Aguarico hasta Napo y por éste al Marañón, se dejaron arrastrar por la corriente, y después de mucho tiempo llegaron al Pará. Allí los recibieron los portugueses, y repuestos del cansancio y fatigas del viaje, no querían otra cosa sino volver a Quito. Peregrina pareció la idea a los portugueses,

pero pensándolo mejor, prepararon una escuadrilla con algunos oficiales y soldados, y, subieron por donde habían bajado los anteriores hasta la desembocadura del Guayoya, en el Napo. Allí dejó el capitán Tejeira, jefe de la escuadrilla, varios soldados cuidando de las canoas, y él con otros oficiales acompañó hasta Quito a los religiosos; dio cuenta de su viaje y pidió lo necesario para volver. Agradeció el Presidente de la Audiencia la bizarría de los portugueses, pidió su parecer sobre el asunto al Virrey del Perú, y éste mandó proveer a los portugueses, pero a condición de llevar consigo dos españoles de juicio y práctica para que observasen bien el curso y vueltas del río Marañón y se hiciesen cargo y notasen las muchas naciones que habitaban en sus orillas. Además, al llegar al Pará, debían pasar a España para dar noticia al Rey de todo lo descubierto y estudiado.

Después de muchos dares y tomares, pues eran varios los que pretendían tal nombramiento, fueron señalados dos jesuitas, los padres Acuña, rector del colegio de Cuenca y Artieda, designados con mucho gusto por el provincial P. Francisco Fuentes, por ver con esto la puerta abierta para que sus hijos fuesen a predicar el evangelio a tantas almas como había en todas aquellas naciones.



*Y de allí, después de hacerse abrir el Misionero una nueva trocha, en dos días, llega al Chinchipe. Sus aguas siempre rápidas, no llenan hoy el cauce; mañana pueden bajar tumultuosas de orilla a orilla. El Misionero, no sin riesgo (que juzgó necesario por ciertas urgencias) mandó la carga por tierra y bajó por la corriente en balsa improvisada hasta cerca de la desembocadura.*

Se embarcaron en la armada portuguesa el 16 de febrero de 1639, y a los diez meses, el 12 de diciembre llegaron al Pará. Durante el viaje notaron con particular cuidado todo lo que hallaron digno de advertencia en el río Maraón; demarcaron con mucho acierto todas las alturas, delinearon los montes, señalaron con sus nombres los ríos que en el principal desaguan; reconocieron las naciones que se susten-

tan en sus orillas, y experimentaron los diferentes temples, procurando, en todo cuanto pudieron, ser testigos de vista sin fiarse de relaciones.

Desde el Pará se dirigieron a España, y el P. Acuña redactó una extensa memoria, en la que declaraba con toda distinción todo lo que había observado en el Marañón, notando el sitio de las naciones, las entradas de los ríos, las muchas islas, la diversidad de alimentos, los géneros de frutos que había visto por sí mismo, añadiendo algunas cosas que no tenía por tan ciertas por haberlas oído de boca de los gentiles. En ella pedía a su Majestad diese órdenes para el resguardo y población del río Marañón, pues lo que aseguraba era cierto, y había grandes ventajas y oportunidad en lo que pedía; lo cual se podía hacer sin gravamen de la real hacienda, pues muchos caballeros del Perú se ofrecían a ello con sólo preceder la real orden y beneplácito de su Majestad.

Como por entonces estaba la corte ocupada en otros negocios importantes, pues por ese tiempo ocurrió el levantamiento del Portugal, perdieron los Padres las esperanzas de que se diese favorable despacho a su petición. Volviéronse a su provincia, primero el P. Artieda a Quito y después el P. Acuña a Lima a tratar el negocio con el Virrey. La muerte del P. Acuña poco después de llegado a Lima, no dio tiempo para tal negocio, pero su relación, impresa en Madrid en 1641, mientras esperaba el despacho de la corte, dio mucha luz a los misioneros, los cuales, con suavidad y blandura, y con los medios pacíficos de la caridad cristiana, extendieron por aquellas partes el reino de Jesucristo; pues en las entradas y salidas del Marañón, y en las distancias de los ríos y provincias, se gobernaron por la demarcación del P. Acuña, que hallaron siempre ajustada, y la miraban como una pauta fiel y arreglada que nunca les engañó. Forma esta relación un tomito en cuarto de 46 hojas de texto y otras

seis de preliminares. En toda ella se muestra el P. profundamente impresionado por el aspecto grande y majestuoso que presentan todos los fenómenos del Amazonas, da bastantes noticias sobre la feracidad de sus riberas y sobre el inmenso número de vegetales y animales que le pertenecen.

El P. Manuel Rodríguez S. J. en su obra “El Marañón y Amazonas”, en el libro segundo capítulos V y XIV hace un resumen de esta relación, y dice que como se imprimieron pocos ejemplares, eran ya muy raros en su tiempo, 1684; sin embargo de esto, era tal su importancia, que pronto se tradujo en varios idiomas.

#### **EXPLORACION DEL NAPO POR EL P. SANTA CRUZ - 1654**

Estaba el P. Raimundo de Santa Cruz en el bajo Huallaga, y pensó arrojarle a un nuevo descubrimiento. Este era, buscar un camino que comunicase con Quito a toda la misión. Sabía sin duda que era peligroso, pero también sabía que era de provecho universal a misioneros y particulares. Hizo que se encomendase el negocio a San Francisco Javier, cuya protección había experimentado en otras ocasiones. Preparó una armadilla de canoas con cien indios, todos bizarros y valientes, armados con sus armas y prevenidos de provisiones. Llevó también dos soldados españoles con sus arcabuces.

Estando todo a punto hizo señal a partir, como piloto de la mayor gloria de Dios y descubridor de nuevas aguas y tierras para llevar muchas gentes al cielo. Bogando por ocho días Marañón abajo, llegó a la desembocadura del Napo, mandó doblar a la izquierda y subir agua arriba por él. Grande fue el trabajo y fatiga para subir contra la corriente, pues su rapidez vencía a las canoas; pero con la porfía, valor

y constancia de los Cocamas, consiguió avanzar. Siguieron Napo arriba por espacio de un mes, hasta encontrarse con el río Aguarico que desemboca en él. No sabiendo cuál de los dos tomar, y estando en estas dudas, saltaron a tierra sin consultar al P. cinco Jeberos, penetraron en la tierra de los Encabellados y encontraron cuatro indios a quienes preguntaron por el río. La respuesta fue verse rodeados de indios quienes mataron a lanzadas a cuatro de ellos, y con hachas de piedra les cortaron la cabeza. Uno que pudo escapar avisó al P. lo que pasaba. Saltó éste a tierra con indios y españoles; dispararon éstos sus arcabuces, a lo huyeron los Encabellados. Recogieron las cabezas de los muertos, las enterraron y se volvieron a sus canoas. Con esto los indios se llenaron de miedo y querían volverse atrás. Arengóles el P. y les animó a seguir con paciencia, y hasta les dijo, que si le dejaban, él sólo seguiría y se sacrificaría por ellos.

Al ver tal determinación se animaron todos a seguir al P. y en pocos días llegaron a un puerto llamado Belo, después de navegar 40 días contra las corrientes del Napo. A los tres días más llegaron a un puerto llamado Napo. En él dejó el P. Santa Cruz un soldado y más de la mitad de los indios con las canoas, y él siguió adelante con 40 indios y el otro soldado español. En tres días llegaron a Archidona, venciendo las asperísimas montañas; en siete días a Baeza y en otros cuatro a Quito. Esta hazaña la realizó en 1654. Y esta exploración la hizo sin ningún práctico que le guiase; su brújula era la confianza de Dios, en cuyas manos se había puesto y por cuya gloria había emprendido tal empresa.

La bajada del Napo la hicieron en 15 días, y en la subida habían empleado casi 50. Aún tardó la armadilla 15 días para subir por el Marañón arriba hasta Borja.



*Otros andan afanosos tras las ganancias harto más aleatorias de “lavar” oro en bateas de las arenas del río. Esa esperanza de fácil lucro ha servido de señuelo irresistible a muchos espíritus inquietos por aquellos poblados ribereños y tierras bajas.*

A pesar de un camino tan largo y difícil, se vieron contentos los misioneros de haber encontrado la comunicación con Quito de donde recibirán los nuevos operarios y donde estaba el Superior.

#### **EXPLORACION DEL PASTAZA POR EL P. CUEVA - 1659**

Como los pueblos iban aumentando y se necesitaban nuevos misioneros, el P. Lucas de la Cueva quiso llevarlos de Quito. Pero pensado que la entrada por Archidona y el

Napo, era demasiado larga, pues en buena cuenta el P. Santa Cruz había tardado más de tres meses en ida y vuelta, se determinó a subir en persona a Quito, por un camino nuevo, que él se figuraba poder descubrir entre Archidona y Jaén, por algún río de los que descienden de la cordillera entre Quito y Riobamba. Pues es de notar que cualquier aviso de Quito al centro de las misiones tardaba dos meses.

La idea era atrayente, la utilidad grande para las entradas y salidas de los misioneros, por ser el camino más recto y corto desde el centro de la misión a Quito. Pero eran necesarios arrojo y atrevimiento grandes para encontrar paso a través de los ríos, de los bosques y de las montañas cerradas. Lanzóse a la empresa el P. Lucas acompañado de un Hermano de alguna edad y de los indios necesarios para el manejo de las canoas.

Salieron del pueblo de Jeberos, bajaron Marañón abajo, y al llegar a la desembocadura del Pastaza subieron por él contra la corriente. Continuaron remando río arriba hasta llegar al río Bohono, afluente del Pastaza por la izquierda, y penetrando por él, subieron, no sin grandes dificultades, hasta las tierras más altas, donde por los saltos de agua ya no es navegable. Ataron a tierra las canoas, y empezaron a subir a pie a una montaña bastante elevada esperando ver desde la cima el camino que debían seguir.

Tenían que abrirse paso cortando ramas y malezas a través de los montes para ganar la cumbre. Tal era el trabajo que costaba abrirse camino y ascender, que el H. Antonio Fernández, por su edad, no pudo seguir adelante; y así se volvió con dos indios a las canoas y bajó al pueblo de Jeberos. El P. hizo lo posible por seguir adelante, pero no pudiendo abrirse camino por donde pensaba, después de increíbles trabajos fue a dar al camino de Patate que baja al puerto de

la Canela. Desde allí, no sin gran trabajo llegó a Ambato y luego a Quito con sus indios.

Fácilmente se deja entender, dadas las distancias, los ríos, las selvas y montañas, la falta de alimentos y los trabajos que sufrió el P. Cueva en este viaje, que su salud se resintiese. Por eso al llegar a Quito iba con el cuerpo llagado y lleno de achaques. Tomó el tiempo necesario para curar sus heridas y reponerse algo de sus achaques y agotamientos, y, cobradas nuevas fuerzas, tomó la vuelta para Mainas, acompañado de dos nuevos operarios que se le unieron en Quito. Tomó el camino de Archidona, para registrar por sí mismo el camino descubierto por el P. Santa Cruz, y hacerse bien cargo del puerto de Napo y el curso del río. Hízolo con todo cuidado, observando las distancias de tierra y diversidad de ríos que entran en Napo; siguió bajando por él hasta llegar al Marañón.

Tenemos, pues, el segundo estudio detallado del río Napo. No hay datos más concretos de este viaje, ni del tiempo que tardó en él el P. Cueva, pero es de suponer que no tardaría menos de tres meses, como el P. Santa Cruz en 1654.

#### **NUEVA EXPLORACION DEL PASTAZA POR EL P. SANTA CRUZ - 1662**

Esta es una de las exploraciones más atrevidas entre todas las de Mainas. Es completamente original. No se trata ya de subir por un río contra su arrebatadora corriente con débiles canoas, con el peligro común en estas exploraciones de los encuentros con indios enemigos y molestias de todo género que en tales viajes se sufren, sino de cruzar la espesura de los bosques por entre el enmarañado follaje de los árboles y malezas de la selva; el peligro de las fieras, al ver invadido su dominio, y hasta sus madrigueras, los terrenos

pantanosos y malsanos, el clima húmedo y sofocante, la falta de alimentos, mayor que cuando se viaja en canoas, donde se pueden llevar con cierta abundancia y comodidad, pues a pie y cortando arbustos y malezas no podían llevar sino muy poco; las nubes de insectos y sabandijas que no les dejaban un momento de sosiego; en fin, sólo los que han pasado por trances parecidos se pueden formar idea de los trabajos y fatigas de tales exploraciones.



*A todos apadrinó el Presidente de la República y puso una medalla de la Virgen del Buen Consejo que el Padre le presentaba.*

Deseaban los misioneros a todo trance tener una comunicación directa con Quito lo más corta y breve posible. Y como en el intento de nuevo camino del P. Cueva, no había descubierto caminos ni senderos, sino alturas inaccesibles y laberintos enredosos; y el del Napo era demasiado largo y

peligroso, por los muchos enemigos que se hallaban en sus orillas y caían de sorpresa sobre los viajeros; creía y deseaba a toda costa el P. Santa Cruz, poder encontrar otro camino más seguro por una de dos maneras: o pasando desde el río Pastaza hasta el puerto del Napo (en el alto Napo al S. Archidona) atravesando la tierra de los Gayes, o entrando desde el Pastaza en el río Bohono y subiendo lo más posible, investigar bien las montañas de la derecha, no muy distantes de Latacunga, ciudad cercana a Quito. Así se buscaba tener la mayor parte del camino por agua, que era el menos trabajoso.

Lanzóse el P. Santa Cruz a esta empresa, la más difícil y con más falta de noticias de todas las anteriores, sin más norte que la Providencia por quien en todo se guiaba.

Acompañado de bastantes Cocamas y Jeberos, empezó su viaje sin saber a dónde iba. Partió de Santa María del Huallaga, pueblo situado en el bajo Huallaga, subiendo Marañón arriba. A los 12 días penetró en el Pastaza; subió por él durante 20 días, y cuando le pareció haber ganado bastante altura, saltó a tierra y examinó la ribera. Mandó a uno de los mozos que con parte de la gente siguiese el curso del río hasta donde fuese navegable, y si encontraba alguna cosa útil se volviese al mismo sitio a esperar a los demás, y si no, se volviese a Borja.

El P. siguió con su gente atravesando montes y ríos, trepando riscos y buscando los términos que no hallaba. Alguna vez tuvieron que desandar lo andado, siguiendo las señales que iba dejando, por ser el fin del camino un precipicio. Otras, con la espesura de los árboles y matorrales, perdían la luz del cielo, y ya no les podía servir de norte en la dirección que deseaban llevar. A todo esto, las fieras les tenían en continuo susto, pues cuando menos lo pensaba tocaban en sus vivares.

Así seguían de día y de noche en medio de la selva; ya se hallaban en lo alto de un monte, ya en lo profundo de un valle, hundidos en la espesura. Con gran constancia seguía el P. su ciego viaje, tanteando por todas las partes, hasta que por fin llegó a un valle grande por el que corría un río caudaloso que por su situación debía ser el Curaray, como en efecto lo era. Con esto creyeron que no estaría lejos la tierra conocida. Mucho dudó el P. Santa Cruz si echarían a la derecha o a la izquierda. Por fin se decidió a pasar el río, a ingenio de los indios, diestros en vencer vados; pero cuando menos lo esperaban les salió al encuentro un enemigo terrible; el hambre. Se habían acabado las provisiones y el maíz, que era su principal alimento. El P. se veía desfallecer de debilidad y flaqueza, y sólo encontraban palmitos tiernos y algún plátano silvestre. Con estos se vieron obligados a volver al sitio señalado, para no morir de hambre. Regresaron por las señales que iban dejando hasta el río Pastaza, donde no encontrando a sus compañeros se volvieron a Borja.

Al llegar a la ciudad el P. se encontró con el resto de la expedición. El mozo que la guiaba le contó, que, a pocos días de separarse, siguiendo río arriba, había encontrado una casa con poca gente, y que ésta le había dicho que por allí había un camino que llamaban Patate, que no estaba lejos de Ambato; y que, no teniendo ya víveres, se habían vuelto al sitio convenido, pero no pudiendo esperar se dirigieron a Borja.

De las noticias recibidas coligió el P. que la casa encontrada, era sin duda el puerto de la Canela, situado en la orilla izquierda del río Bohono o Bobonaza, por donde pocos años antes había estado el P. Lucas de la Cueva.

Muy bien le pareció al P. el descubrimiento, y se resolvió a dar la vuelta por el Bohono y ver con sus ojos el pue-

blo desde donde pensaba empeñarse en nuevas aventuras, ya por un lado ya por el otro, hasta dejar abierto el camino que fuese menos malo y más breve de los hasta entonces conocidos.

Hizo buena provisión de maíz, yuca y plátanos; tomo gente y canoas, y, navegando otro mes seguido por Pastaza y Bohono, llegó al puerto de la Canela. Empezó a explorar la tierra, pero halló tan mal sitio para el camino, lleno de montañas y precipicios, y de torrentes que pasaban por ellos, que causaban terror y espanto al más valiente. Sin embargo, demarcó con mucho cuidado cuanto alcanzaba la vista, sin omitir río, quebrada ni cordillera, y después de mucho trabajo y fatiga, fue a salir a Ambato y pasó a Latacunga. Allí preguntó con mucho interés a los que conocían el terreno, para ver si encontraba algún camino que pudiese llegar a algunos de los ríos navegables. Tomó nota sobre algunos derroteros; pero se fijó en particular en que, bajando por la parte de Patate o los Baños, era la cordillera menos quebrada y menor la distancia del río Bohono, o de algún otro que desaguase en él. Con estas nuevas, tomó herramientas y comenzó a subir con sus indios por donde le habían indicado.

Empezaron a romper malezas, cortar árboles y trepar la montaña; pero estando en estos trabajos, se les echó encima un enemigo no esperado. Llegó el tiempo de las aguas, empezó a llover y a hincharse los torrentes de tal manera, que tuvieron que dejar lo comenzado. En fin, no tuvieron más remedio que retirarse de nuevo a Borja.

No por eso se desanimó aquel hombre de voluntad de hierro. En la exploración anterior, además de los achaques que tenía el P., contrajo una enfermedad que le duró hasta la muerte. Este fue la hinchazón de las piernas, efecto de tanta humedad y de andar con las piernas llagadas de las espinas y abrojos de las selvas.



*Los indios aplauden al presidente Prado con seriedad, sin expresión en el semblante, sin entregarse a otras demostraciones de júbilo. Van en atuendo de selva pero con "itipi" nuevo a la cintura (regalo, con las lanzas, de Don Juan Pardo Miguel).*

Se detuvo en Borja algún tiempo para aliviarse de tantos males; pero apenas hubo mejorado algo, no le sufrió el corazón ni pudo dejar de salir a conseguir lo que tanto deseaba, para bien general de la misión. Y así, hechas las prevenciones necesarias, salió a mediados de setiembre de 1662 subiendo por el río Pastaza.

Muy mal lo pasó en esta subida, pues el ahogo del pecho que sufría de tiempo atrás le apretó tanto, que creía cercana su muerte. Pero quiso Dios conservar le todavía algún tiempo la vida para que diese cima a la empresa comenzada. Llegado al río Bohono, penetró por él, y dejando atrás

el puerto de la Canela, subió mucho más arriba que la vez pasada; entonces, estudiando la demarcación que había hecho en el viaje anterior, saltó a tierra, aseguró las canoas, dijo la santa misa, y, en el nombre del señor, como capitán que anima a sus soldados, empezó con su machete a cortar ramas, desenredar malezas y cortar árboles; pues no había otro medio de penetrar en la espesura de la selva virgen. Seguíanle animosos los indios, viendo el ejemplo del P., con la esperanza de salir pronto con la empresa. Al terminar el día, dormían como podían en la misma selva; y por la mañana volvían a la carga de romper la broza y abrir el camino. Así estuvieron diez días, cuando por la tarde del último, descubrieron un precipicio muy hondo en cuyo pie había una extensa vega. Estudió el P. el paisaje, y llegó a descubrir desde allí un paso en la cordillera, que él conocía, y llamaban en Quito Boca de Dragón. Este sitio dista un día de camino de Latacunga y tres de Quito, con camino conocido.

Grande fue la alegría y júbilo del P. Santa Cruz cuando vio logrado el fruto de tantísimos trabajos y fatigas... ya tendría la misión del Marañón camino casi derecho, fácil y suave, pues la mayor parte era por agua, con el nuevo descubrimiento. Por fin, había conseguido lo que tanto deseaba.

Pero con el deseo de asegurarse bien de cosa de tanta importancia, y a pesar de su debilidad y ahogo, hizo un esfuerzo supremo y subió a un árbol muy alto. Desde él reconoció el sitio de la garganta y los montes, y dibujó exactamente la parte por donde era más fácil la subida a la montaña; donde torcía el río, y donde iba derecho, etc. Luego, rozando la falda de la montaña para hacer el camino, en menos de dos días se halló a la orilla del río, de cuya corriente se debía dejar llevar para encontrar las canoas dejadas en el río Bohono. Explicó bien a los indios, y de modo particular al mozo español, varias veces lo que había visto y la disposición

del paraje, para que ellos pudieran ser guías si el P. faltaba, pues ya se encontraba muy mal. Luego, prepararon como pudieron unas balsas de troncos de árboles y, puestas en el río, se dejaron llevar de la corriente. Había llovido bastante por aquellos días y bajaba el río crecido y arrastraba árboles arrancados de las orillas. Uno de estos árboles cayó atravesado en el río de tal manera, que ni formaba puente ni dejaba paso a las balsas. Al verlo el español, hizo todo lo posible por llevar la balsa a la orilla, para que, pasando por tierra, se liberase el P. de tan inminente peligro; pero no lo pudo conseguir. Se arrojó al agua haciendo un supremo esfuerzo por desviar la balsa, pero tampoco pudo vencer el ímpetu de la corriente. En estas, llega la balsa al tronco atravesando arrebatada por la corriente; choca con él, y con el choque recibió el P. Santa Cruz tan fuerte golpe en el pecho, que le dejó sin fuerzas. Pasó la balsa por debajo del árbol, y el P. quedó agarrado a una rama con el agua hasta la boca. Ya sin fuerzas, y sin poder ser ayudado de los otros, que a duras penas se habían salvado nadando, se fue sumergiendo en el agua, no sin echar antes una mirada al Marañón, donde después de Dios tenía puesto su corazón.

Murió el 6 de noviembre de 1662, a los 39 años de edad y 11 de misionero, mártir de la caridad por el bien de sus hermanos y los indios; y nosotros podemos añadir, que también fue mártir de la Geografía, la que estudiaba como medio para llevar más indios al cielo, y sin la cual no era tan fácil la conquista de los indios.



*Esta fotografía es de todo un símbolo. Aparece detrás el consorcio tradicional del pasado hispánico: el misionero y el colono inteligente y decidido (Don Juan Pardo Miguel) ... que hicieron posible esa otra unión simbólica del Presente: la raza selecta y supercultura inspirando en lo autóctono primitivo la confianza para ayudar a sostener la enseña patria.*

Los demás que acompañaban al P., llorando la pérdida de tan preciosa vida, se volvieron a Borja y dieron cuenta de la triste nueva al Superior. El P. Figueroa informado por el mozo sobre el nuevo camino descubierto, lo halló todo como el P. había dicho. Con poco trabajo abrió el camino descubierto por el P. Santa Cruz, y en adelante, ese fue el que siguieron los misioneros para comunicarse con Quito.

### EXPLORACIONES DEL P. FRITZ – 1685 – 1693

Vamos a terminar la reseña de las exploraciones con las de uno de los misioneros del Maraón, cuya vida y hazañas apenas son creíbles, y hasta se podrían poner por lo menos en duda, si los documentos que de ellas se conservan no las pusiesen de manifiesto con la elocuencia de los números. Este misionero fue el P. Samuel Fritz, alemán, que llegó a la misión de los Omaguas, de quienes fue su apóstol, el año de 1685. Encontró en las islas del Amazonas como 7,000 indios; pero recorrió sus orillas por ambos lados, y penetró por sus ríos y quebradas al interior, donde descubrió tal número de ellos, que muchos operarios juntos hubieran tenido mucho trabajo para recoger tanta mies y tan bien dispuesta como estaba para recibir la luz del evangelio. Pero como era imposible que la ayudasen otros operarios, pues no los había, su celo multiplicó sus fuerzas, y él sólo hizo por muchos. Prueba de lo que es capaz un hombre puesto en las manos de Dios.

El P. Juan de Velasco, es su Historia del reino de Quito, en el tomo tercero, libro quinto, pág. 218, describe muy brevemente los trabajos de este infatigable misionero y dice: “Parece increíble que, en el cortísimo espacio de dos años no cumplidos, tuviese concluida la fundación de cuarenta pueblos de seis naciones diferentes, y que hubiese evangelizado ya la mayor parte de ellas. Tal fue su fatiga y trabajo y tal la disposición de las mismas naciones, de bellísima índole y ansiosas del cristianismo”. Estas naciones eran las de Omaguas, la principal de ellas, Yurimaguas, Iluros, Ibánomas, Aisuaris y Ticunas. Total, que a fines de 1688 tenía ya unos 40.000 indios en los cuarenta pueblos fundados a orillas del Amazonas, desde más debajo de la boca del Napo hasta la del río Negro. Y todos ellos con maravilloso orden, teniendo

en cuenta que estaban diseminados por espacio de 250 leguas, y que muchos tuvo que sacarlos de los bosques a las orillas del Amazonas. Esto humanamente no se explica sin una ayuda especial de Dios que atraía las almas por medio de su misionero.

Pero si el fruto recogido en tan poco tiempo daba alas al celo del P. Fritz, los indios que siempre oponían resistencia a reunirse en pueblos, ahora tenían una razón muy poderosa para recelarse de la vida en ellos; y este era el temor a las invasiones de los portugueses. Pues si antes estando separados en sus rancherías los perseguían y apresaban los portugueses para venderlos como esclavos en el Pará, ahora que estaban juntos en los pueblos, serían más fácil presa de los piratas brasileños. Esto no es ninguna suposición gratuita, ni era temor infundado el de los indios. Los hechos lo proclamaban muy alto, y los pobres indios tenían de ellos triste experiencia. Desde que en 1641 se separó Portugal de España comenzaron las piraterías portuguesas en el Marañón, llevándose cautivos los indios con el pretexto de que eran caribes. Y se habían dado tanta prisa, y habían repetido tanto las irrupciones, que de 15,000 Omaguas que había numerado en 1645 el P. Cujía en las islas del Amazonas; cuando en 1681 bajó a ellas el P. Lucero se habían llevado ya 8.000 cautivos, pues no encontró el P. sino 7.000.

A principios de 1689 se sintió gravemente enfermo el P. Fritz, por su excesivo y continuo trabajo; y temiendo morir antes de llegar al centro de la misión. Creyó más fácil bajar a curarse al Pará. Pero hombre infatigable, enfermo y grave como estaba, aprovechó la ocasión para observar y delinear en el viaje la parte baja del río que era la que le faltaba para concluir su carta geográfica de todo el Marañón. Fácilmente se dice, un viaje al Pará, pero son más de mil leguas de ida y vuelta. Llegó al Pará y no tardó en curar-

se. Presentándose al Gobernador y le expuso con libertad y energía en defensa de los indios, los excesos, violencias y rapiñas de los portugueses, piratas de los ríos que pertenecían al dominio de Castilla, los cuales se llevaban cautivos a todos los indios que podían. Oyóle el Gobernador, y entendió la razón que asistía al P. Fritz. Prometió poner remedio y prohibir a los portugueses la presa de los indios. Ya se preparaba el P. para volver a su misión, cuando se vio detenido por el Gobernador que le mandó tomar preso. Escribió el P. al Rey de Portugal pidiendo la libertad que sus ministros le quitaban sin saber por qué. En efecto, estuvo preso casi dos años; sin que en las misiones se tuviese noticia ninguna. Por lo cual, creyendo que había muerto, se había mandado a hacer por su alma los sufragios que acostumbraba la Compañía por sus difuntos.



*He aquí un típico camino de La Selva ("la montaña como con menos propiedad se dice). Corre esta vez por las breñas de una quebrada, que se cruza y se recruza 15 veces.*

Aunque tarde, llegó la respuesta del Rey; con ella, según el P. Velasco, Historia del reino de Quito, tomo tercero, libro quinto, pág. 218, le enviaba de regalo unos buenos ornamentos para decir misa y despacho favorable a su petición. Pero al mismo tiempo llegó al Gobernador la orden secreta de que le condujesen a sus misiones y subiesen hasta el Napo, aunque el P. no quisiese. Que reconociesen los pueblos formados por los misioneros de Quito, y le diesen cuenta de todo, pues así convenía a su corona. Don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa, en su obra "Noticias Secretas de América" parte segunda, capítulo V, pág. 374, cuentan este incidente con las siguientes palabras: "El Gobierno Portugués señaló un oficial y siete soldados para que le acompañase con pretexto de mayor obsequio, y luego que entraron en la nación de los Azuaris los quiso despedir el P. Fritz, porque aquellos indios se habían mostrado amigos en su bajada saliendo a encontrar, los soldados no condescendieron a sus instancias, llevando otros fines distintos de los que daban a entender al Padre, como se lo declaró el oficial Portugués luego que llegaron al pueblo Mayavara, último de los Yurimaguas. El P. Fritz volvió ahora a instalar a los portugueses para que se volvieran, puesto que ya quedaba en su misión, y el oficial le respondió entonces diciéndole, que el no haberlo hecho hasta aquel tiempo era, porque llevaba orden de su Gobernador para tomar posesión de aquellas tierras hasta las de los Omaguas inclusive, en nombre del Rey de Portugal porque eran de su pertenencia, y que por tanto le intimaba ahora que se retirase de ellas y las dejase libres. El P. Fritz extrañó esta resolución, tanto más cuanto que era contraria a la determinación que se había dado en la corte de Lisboa, en conformidad de lo que el mismo Padre había representado desde el Pará; y habiendo reconvenido con ella al oficial portugués, consiguió que se volviese sin hacer más instancia

en su pretensión por entonces; y habiendo bajado un día de camino de navegación, hicieron alto en Guapatate frente de un pueblo del mismo nombre, hicieron allí un desmonte hacia la parte del Sur, y dejaron por lindero un árbol grande, cuya especie es conocida con el nombre de Samona, dando a entender que hasta allí les pertenecía el terreno, y dejando avisado a algunos Indios, que dentro de poco tiempo volverían a hacer población en aquel sitio". Este mismo punto lo trata Raimondi en su obra "El Perú" tomo segundo, capítulo XIX, pág. 230 y siguientes. Hay que tener en cuenta que por entonces no había otro límite entre los dominios de España y Portugal que el del tratado de Tordesillas de 1494, que llegaba hasta fuera de la boca del Amazonas, o sea en los 47 grados 32' W de Greenwich.

Después de unos días regresaron los portugueses al Pará, y el P. Fritz recorrió todos los pueblos y reunió los indios que se habían huido a la vista de los soldados portugueses.

Consultado caso tan grave con los superiores y las autoridades se resolvió que el P. Fritz viniese a Lima a tratar el negocio con el Virrey. Así lo hizo el P. pasando por Moyobamba, Chachapoyas, Cajamarca y Trujillo. Presentóse al Virrey, Conde de la Monclova; le dio parte de su expedición y de la invasión de los portugueses, y le pidió que proveyese lo más conveniente para el resguardo de las misiones y del territorio contra la ambición portuguesa.

Parece que el Virrey no creía que los portugueses fuesen capaces de tal felonía, o no contaba con los medios necesarios para reprimirlos y mantenerlos en su deber; lo cierto es que, por entonces, no dio providencia alguna y se contentó con decir que daría cuenta al Rey de España. Así lo exponen Jorge Juan y Antonio de Ulloa en la obra antes

citada, pág. 375: “El Virrey de Lima y a su exemplar toda aquella ciudad quedaron admirados del mucho fruto que la palabra del evangelio, divulgada en el río Marañón por boca del P. Fritz, había conseguido, y su noticia llenó a todos de admiración; pero llegando al punto principal de poner remedio para contener los adelantamientos que los portugueses iban haciendo en los dominios de España, y de los que nuevamente amenazaban a toda aquella misión, que se extendía desde la boca del río Napo hasta la del río Negro, observaba poco celo en el Virrey para condescender en la defensa de aquellas tierras. Esto lo confirmó luego con la respuesta que dio el Conde al memorial del P. Fritz, como consta en la relación manuscrita de este misionero, la cual se reducía a lo siguiente: “Que mediante ser los Portugueses cristianos católicos como los Españoles, y gente belicosa, no se le ofrecía medio para hacerles contener en sus límites sin llegar a rompimiento; el cual era excusado en el presente caso, mediante que aquellos bosques no fructificaban cosa alguna en lo temporal al Rey de España, como otras muchas provincias que con más razón y título se debían defender de hostiles invasiones; que en lo dilatado de las Indias había bastantes tierras para entrambas coronas; pero que sin embargo se informaría cuanto antes a su Majestad”. Cierto de que a no referir estas razones un sujeto de tanta virtud y circunstancias como concurrían en aquel misionero, se debería negarle la credulidad, pues parecen más propias de un hombre independiente del vasallaje a los Príncipes interesados legítimamente en las Indias, que de un ministro y Gobernador General del Rey de España en todos los países de aquellas mismas Indias a quien el P. Fritz solicita la defensa contra la usurpación. No nos atreveríamos a trasladar aquí este dicho mal reflexionado y disonante, si no estuviéramos en posesión de la relación original del P. Fritz, la cual conseguimos

en Quito de los archivos de la Compañía por lo perteneciente a misiones de Maynas”.



*Y de año en año hay que desbrozar los caminos hechos impasables  
por el matorral y los árboles caídos.*

Pero dejemos ya las mezquinas y apocadas ideas que el Virrey manifiesta en la respuesta al P. Fritz, y que tanto contrastan con las nobles y elevadas del misionero, y veamos la última etapa de la exploración del Marañón. Cuando salió de Lima el P. Fritz para volver a su misión, en agosto de 1693, quiso completar su obra de estudio del Marañón, y averiguar personalmente el verdadero origen del río. Para ello cambió de itinerario y volvió por tierra para seguir el curso del río desde su origen hasta Jaén de Bracamoros; desde allí bajaría por agua pasando por el Pongo de Manse-riche hasta sus queridas misiones.

Así lo hizo, con los trabajos que se deja entender, cruzando montes y quebradas por terreno tan escabroso como es la Sierra en todo ese trayecto. Al fin consiguió lo que pretendía, y fue el primero que probó de una manera precisa que el origen del Marañón es la laguna Lauricocha, y así lo señaló en el mapa que trazó del Marañón y Amazonas, el cual se imprimió en Quito en el año de 1707. Esto mismo confirma Raimondi en “El Perú” tomo segundo, cap. XIX, pág. 232.

Vuelto el P. Fritz a sus misiones siguió trabajando en ellas y escribió gramáticas y vocabularios de sus idiomas, hasta poco antes de la invasión de los portugueses en 1710, en que las dejó por haberle llamado para ser superior de las misiones.

Fue el que más sintió la pérdida total de sus fatigas con la ruina de sus misiones consumada por los portugueses; y por más que clamó a tiempo a Quito y a Lima, todo fue en vano.

Murió a los 80 años de edad y 40 de misionero en 1725.

Muy largo sería nuestro trabajo si quisiéramos bosquejar siquiera otras exploraciones de tantas como hicieron

los misioneros; pero vamos a terminar con una nota sobre uno de los más infatigables operarios de la felicidad de los indios.

Este fue el P. Enrique Rictet, alemán. Llegó a las misiones en 1685 y en diez años fundó nueve pueblos en las riberas del Ucayali. Hizo mapas de cuarenta excursiones en busca de los indios, por agua y tierra, y en cada una recorrió más de 200 leguas, lo que en total son más de 8,000 leguas. Terminó su gloriosa carrera de solo 42 años de edad, con el martirio, en la formidable rebelión de 30,000 indios del Ucayali en 1695. Desde entonces se perdió la misión de ese río.

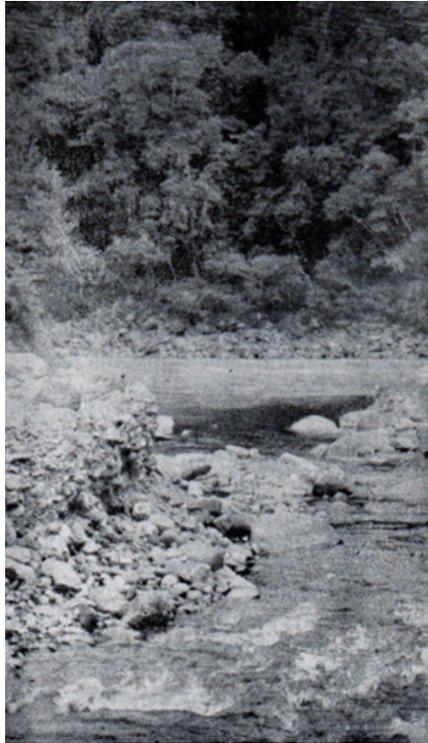
Antes de terminar este tema de los viajes y exploraciones, debemos hacer ver y tener en cuenta para apreciar mejor en su verdadero valor el esfuerzo hecho por los misioneros para llevar a cabo tan atrevidas como gloriosas hazañas, los medios con que ellos contaban para tales empresas.

Si hojeamos los documentos donde se refieren los viajes y exploraciones que se han llevado a cabo en todo el oriente peruano, ya sea por nacionales ya por extranjeros, veremos que casi todas han demandado no pequeños gastos, los cuales han corrido por cuenta del Estado, o también de alguna entidad científica; pero siempre partiendo de ese supuesto. Para prueba de ello, bastará citar la Colección de leyes y decretos oficiales referentes al departamento de Loreto formada por Carlos Larrabure y Correa en sus tomos II, III y IV, cuyo contenido es: Viajes y exploraciones. En ella se contienen muchos documentos de viajes y exploraciones que prueban lo que vamos diciendo. De todo esto carecieron los misioneros jesuitas. Sin apoyo económico de ninguna clase, durante los 88 primeros años todo el gasto lo hacía el Colegio de Quito, como consta de su archivo y lo dice el P. Ve-

lasco en el tomo tercero página 188 de la Historia del reino de Quito. Y no sólo de los viajes, sino todos los gastos de las misiones de Mainas, como también el viaje a España de los Padres Acuña y Artieda. Esto duró hasta 1725 en que mandó Felipe V dar estipendio, para la congrua sustentación de todos los misioneros.

Pero cual fuera este estipendio con relación a los gastos necesarios de los misioneros, nos lo dice el P. Andrés de Zárate, superior de las misiones, escribiendo a Felipe V el 26 de diciembre de 1737. Después de tratar varios puntos de las misiones, al hablar de las dificultades y trabajos de los misioneros dice: “Del exceso del calor y la humedad, les vienen a los misioneros una multitud de penalidad que equivalen a un duro y prolongado martirio. No se puede coger trigo ni otros granos, ni conservar la harina; su pan son las yucas cocidas o asadas, plátanos y maíz. Los zapatos y el vestido se pudren enseguida. Los mosquitos, arañas y hormigas parecen plaga. Por la noche es necesario dormir en los toldillos cerrados, por los cínifes, y zancudos, por los murciélagos y porque no llegue alguna culebra, alacrán o araña negra cuyo veneno es no menos activo que el de las víboras. Sobre esta multitud de incomodidades es muy pesado el ejercicio de paciencia con los indios. Porque cada misionero es una madre con mucha familia. Cuando caen enfermos los indios ellos hacen (los misioneros) de médicos y enfermeros. Y para todo esto de los 200 pesos que da vuestra Majestad al año a cada misionero, apenas gasta cada uno en sí 50, estrechándose y tratándose mal a sí para tener que dar a los indios. Es cosa de admiración y edificación, ver a sujetos de escogidos talentos, y que sin duda serían muy estimados por sus prendas en sus provincias, tan dados al cultivo de aquellas almas, que ni echan de menos el comercio racional de que están privados, no conciben tedio al trabajo cotidiano y

tan molesto con una gente tan bárbara”. (P. Antonio Astrain, Historia de la Compañía de Jesús, tomo VII, libro II, cap. VII). Y en el mismo capítulo citado confirma esto mismo el P. Pablo Maroni escribiendo a la Audiencia de Quito el 15 de junio de 1733, donde hablando de los viajes



*Hasta que llegamos a la confluencia del Pomará con el Marañón.  
Un hombre sobre la orilla izquierda da la proporción del paisaje.*

dice: “Un Padre con un par de canoas en ida y vuelta tarda de ordinario de Quito a la Laguna (Santiago) siete u ocho meses y más. Y el gasto en avío y paga de indios es de 800 a 1,000 pesos”. Y al tratar de las comodidades y de las cosas necesarias para el viaje dice: “En estos caminos no hay que esperar otra comodidad ni avío que el que cada cual lleve consigo”.

Todo esto se hace más creíble si consultamos los documentos actuales; pues en ellos vemos las mismas dificultades, a pesar de llevar ya dos siglos de diferencia y adelantos. En la citada colección de viajes y exploraciones de Loreto, en el tomo tercero, página 324, respondiendo el teniente La Puente desde Moyobamba el 11 de setiembre de 1893 al ex-Subprefecto del Bajo Amazonas, al interrogatorio que le hace sobre el viaje por el río Pastaza, (tantas veces surcado por los misioneros), respondiendo al número 11 sobre si hay víveres y donde y como se proveía la guarnición, contesta: No hay absolutamente, se traen de Yurimaguas o de San Lorenzo, que está situado en la confluencia del Marañón.

En fin, para terminar, las comodidades que ambicionaban los misioneros en sus viajes y exploraciones, eran bien moderadas; todo se reducía a lo indispensable para la vida. Basta recordar las provisiones del P. Santa Cruz, que eran las de todos: maíz, yuca y plátanos; machetes y hachas para abrirse paso a través de las selvas, y nada más. ¿Botiquín? Las yerbas de los indios. Y eso que dice Raimondi, “El Perú” tomo primero cap. VIII, pág. 134, que, al viajar por las selvas, es necesario cuidar mucho y curar las llagas que se hacen al andar entre malezas, que, con el calor y la humedad, los corpúsculos o gérmenes diseminados en el aire, sirven como de fermento descomponiendo los tejidos. Por efecto de esas llagas murió el P. Lucas de la Cueva en 1672; y el P. Santa Cruz a eso debió la hinchazón de las piernas y los

achaques de que adolecía, y que le hubiesen costado la vida como vimos poco antes de que muriese ahogado.

Pero en medio de tantas dificultades y trabajos, ¿cuál era el secreto que impulsaba a esos misioneros a vivir esa vida tan llena de privaciones? ¿Cuál era el motor general de esos actos continuados de sacrificio en bien de sus semejantes? Humanamente apenas tiene explicación. Y hoy día que la mayoría de los hombres no busca más que pasarlo bien en esta vida, casi toda de egoísmo, como si con ella se acabase todo como se acaba para los animales, y como si Dios no hubiese criado al hombre para servirle en esta vida para después ser feliz y gozarle en la eterna, parece que no se concibe una vida de tanto sacrificio; y no falta quien encerrado en el estrecho círculo de sus ideas egoístas, mezquinas y apocadas, lo tenga por locura; y hasta tenga a esos hombres por los más desgraciados de la tierra. Si no hubiera otra vida, si no hubiera premios y castigos eternos y justicia eterna; ciertamente, los que viven aquí sacrificados serían los más desgraciados y dignos de compasión. Pero no, no es así; y esa era una de las razones del sacrificio de los misioneros; pero no la principal. La principal está en el mismo fin de la institución de la Compañía, que busca no sólo la salvación de las almas de sus individuos; sino con la misma intensidad las de los prójimos, y de modo particular por medio de las misiones, las de los gentiles. Esa es la fuerza y el motor de tantos sacrificios, la cual fuerza comunica Dios a su Iglesia, madre fecunda en héroes.

Este motor secreto es el amor de Dios y del hombre por Dios, es la caridad cristiana. El querer hacer felices a los hombres en este mundo, sacándolos de la barbarie y del error; pero, sobre todo, hacerlos felices en el otro, cumpliendo así el plan de Dios al criar al hombre. O como gracioso

samente decía un misionero; que sacaba de los bosques a los indios para hacerlos de brutos hombres, y de hombres cristianos.

### **LABOR CARTOGRAFICA DE LOS MISIONEROS**

Hemos visto en los principales viajes y exploraciones, el cuidado en algunos hasta el cariño, con que observan los misioneros al aspecto geográfico del territorio; como tomaban nota de todo lo que a ellos y a otros podía interesar, y de lo que podían sacar algún provecho para adelantar a los indios en la cultura y civilización que poco a poco les iban inculcando. Y es sumamente interesante leer las relaciones o informes que en las cartas anuas cada año y más extensamente en los informes que de tiempo en tiempo, sobre todo cada decenio, enviaban los superiores de las misiones al General de la Compañía a Roma. Una de estas es la del P. Francisco Figueroa, firmada en San Francisco de Borja el 8 de agosto de 1661, y publicada por Marcos Jiménez de la Espada en Madrid en 1904, y de la que él mismo dice: Es el documento jesuítico más ingenuo, veraz y trascendental de Mainas y el más instructivo. Por esta relación se puede seguir paso a paso el desarrollo progresivo de las misiones; como que es una especie de memoria donde se van notando los progresos realizados y los proyectos ideados para el futuro.



*Estamos entre los indios aguarunas. Las mujeres se quedan con los hijos jóvenes en la choza o en la chacra. Los hombres cazan y pelean.*

Los temas concretos que se tratan en estas relaciones, son todos los que se refieren a los indios y al territorio en que viven; número de naciones o tribus, situación de cada una de ellas, distancia entre unas y otras, sus lenguas o dialectos, sus costumbres, sus creencias, los caracteres propios en que se distinguen unas de otras, los medios de subsistencia de que disponen, el clima en que viven, favorable o desfavorable

a su progreso, los medios que tienen para comunicarse unas con otras, la disposición en que se encuentran para recibir el evangelio; en fin, todos los datos que puedan servir para formarse una idea completa del estado de las misiones, pasado, presente y probable futuro. En otras palabras; un tratado completo de geografía del territorio describiéndolo en la parte física, política, económica, etnográfica y social.

Pero para completar, para cristalizar y hacer más comprensibles y claras las ideas de los informes o relaciones, muchas veces iban acompañadas de cartas geográficas. De estas cartas muchas se han publicado, otras permanecen inéditas en los archivos y otras se han perdido. Esto último no es extraño, dadas las contingencias porque han pasado los papeles, bibliotecas y archivos de los jesuitas. Lo raro es, que a pesar de tantos trastornos como han sufrido, se conserven todavía tesoros inapreciables en los archivos y bibliotecas, fruto de la laboriosidad de tan infatigables obreros.

En muchas de estas cartas geográficas hay que notar el esfuerzo y cuidado que pondrían sus autores al trazarlas dado el destino que tenían, que era dedicarlas al Superior General de la Compañía, y algunas veces a los mismos reyes de España.

Dos cosas debemos notar en la labor cartográfica de los jesuitas. Una, que fue general, es decir, que en todas partes donde trabajaban con los indios, hacían lo mismo en este punto. Por eso hay cartas geográficas de los misioneros jesuitas, no sólo del Perú, sino de toda la América, sobre todo meridional; de Filipinas, del Asia, etc. Otra, que muchas de esas cartas son colectivas, hechas por varios misioneros, o por lo menos con la cooperación de varios aunque las haya dirigido uno solo, y por eso las hay sin nombre de autor, sino en general dedicadas al Superior General por los misioneros.

Otras son personales y tienen el nombre del autor, o si no lo tienen se sabe quién es, por lo compañeros, o por otros trabajos o referencias donde consta de quién es tal o cual carta geográfica. Tal ocurre, por ejemplo, con el mapa del P. Francisco Javier Weigel de las misiones de Mainas, que no tienen nombre, pero sabemos que es de él por el P. Chantre y Herrera que dice que la hizo ese Padre como consta en su obra "Misiones del Marañón Español" en las noticias acerca del autor de la otra, pág. VIII.

Como nosotros estudiamos sólo la parte del Perú tocante a las misiones de Mainas, daremos alguna noticia de las que representan esa parte del Perú durante el tiempo que los jesuitas trabajaron en ella.

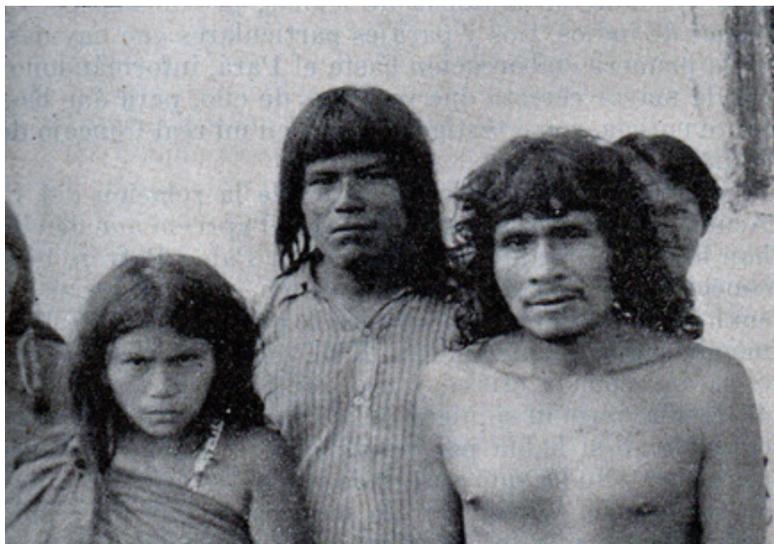
La primera noticia que de mapas del Marañón y Amazonas se tiene, es del trazado por Nicolás Sanson, el cual, como dice Raimondi en su citada obra el Perú, tomo segundo, pág. 195, se valió de la relación del P. Acuña, y que no tiene otro mérito que ser el primero; pues es muy natural que adolezca de muchos defectos un mapa trazado sobre una relación puramente histórica, sin observaciones astronómicas ni geodésicas de ningún género. Y que el mapa de Sanson servía únicamente para seguir con más facilidad la relación del P. Acuña. A pesar de esos defectos, como no existía otro mejor, el mapa de Sanson ha sido copiado por muchos geógrafos.

Mucho nos extraña el juicio que hace Raimondi sobre la relación del P. Acuña, y no podemos menos de disentir con él en este punto. Dice que la relación era puramente histórica; y que el mapa de Sanson servía únicamente para seguir con más facilidad la relación del P. Acuña. Si el fin de la expedición hubiese sido estudiar la historia de las naciones que vivían en las orillas del Marañón, podría creerse

que la expedición fuese puramente histórica. Pero, aun así, en que documentos, en que archivos y bibliotecas iba el P. a tomar los datos para su relación histórica, donde ni los había ni los podía haber, por ser aquella infinidad de naciones bárbaras y que seguramente no entendía la lengua de ninguna, ni podía llevar interprete para entenderse por ser tales naciones completamente desconocidas. En cambio, consta cual fue el verdadero fin de tal expedición; y así lo escribe el P. Velasco en la Historia del reino de Quito, tomo tercero, pág. 186. Dice que mando el Virrey del Perú D. Pedro de Toledo y Leiva, Marqués de Mancera que fuesen dos personas inteligentes, para que haciendo un cabal descubrimiento del Marañón bajo, pasasen por el Pará a dar cuenta de todo a la Corte de Madrid. Y que apenas se embarcaron empezó el P. Acuña a irlo averiguando todo, de manera, que en las prolijas operaciones hubo de gastar cerca de un año hasta llegar al Gran Pará. Que, esperando embarcación para España, concluyó y perfeccionó la relación de su viaje y de sus observaciones, en ríos, países, naciones, distancias, frutos, alimentos y demás puntos concernientes a lo histórico y geográfico del Marañón.

En una obrita de Apuntes de viajes sobre la Provincia Oriental de la República del Ecuador, por el P. Rafael Cáceres, S. J. publicada en Quito en 1892, en la pág. 33 dice: “De las narraciones o descripciones de viajes y exploraciones antiguas del río Napo hasta el Pará, la que se ha confirmado por el estudio y experiencia posterior es la del P. Cristóbal de Acuña S. J. La Provisión real decía: “Ruego y encargo a Vos P. Cristóbal de Acuña, que partáis para la dicha provincia del Pará teniendo cuidado de descubrir, con la mayor claridad que os fuere posible, la distancia de leguas, provincias, poblaciones de indios, ríos y parajes particulares que hay desde la primera embarcación hasta el Pará,

informándonos con la mayor certeza que pudieses de ello, para dar bastante noticia, como testigo de vista en mi real Concejo de Indias”.



*La tristeza, cubierta por una máscara de imperturbabilidad, son características del indio. La expresión del hombre de la melena (de sangre mezclada: nota el pelo crespo y el bozo del bigote), es excepcional. La de la mujer y de los otros dos jóvenes es típica*

Para apreciar mejor el valor de la relación del P. Acuña, y al mismo tiempo para ver el aprecio que de ella han hecho otros autores, citaremos a Pablo Patrón, bien conocido por cierto y competente en estas materias; el cual en sus Observaciones sobre la obra El Perú de Raimondi, segunda edición, cap. XVI, dice: “muy deficiente es la apreciación crí-

tica y uso que ha hecho de la obra de Acuña, pues ni siquiera indica si la ha visto y podido consultar o si habla por referencias”. Y más adelante prosigue: “No ha sido apreciada por todos del mismo modo la obra de Acuña, pero la mayoría la han apreciado en su debido mérito”. Vivien de Saint-Martin dice que “es la primera que haya dado sobre el río inmensas nociones tan exactas y tan completas como lo permitían el espíritu del tiempo y los medios de observación. (Histoire de la Géographie pág. 399).

Ni es esta la única vez que hace notar Pablo Patrón en Raimondi el poco aprecio que hizo de los datos de las obras de los jesuitas. En la misma obra, capítulo XVII, pág. 79 al tratar la expedición de los indios Cocamas, dice: ha debido mencionar los pueblos fundados en los mismos años por los jesuitas entre otras diferentes naciones. Y sigue citando los pueblos. Lo mismo hace en la pág. 80, donde cita otras muchas naciones sometidas por los jesuitas y pueblos fundados, omitidos todos por Raimondi. En fin, trata también de otras omisiones en el cap. XVII, pág. 81 y 82; en el XIX, pág. 82 dice: No ha juzgado conveniente el señor Raimondi dar a conocer la resolución que tomó el virrey (sobre la petición del P. Fritz para el resguardo del Marañón, que hemos visto antes) Y en el cap. XX, pág. 98 y 99 cita la omisión del adelanto de las misiones de los jesuitas, por los pueblos fundados y las tribus reducidas.

Es ciertamente sensible que se omitan datos tan preciosos en una obra monumental como es la de Raimondi, digna de mucho aprecio a pesar de los lunares indicados por Patrón; pero esto es más sensible todavía al tratar de la índole de la misma obra, o sea la Historia de la Geografía del Perú, en la que se han debido aprovechar los más de los trabajos de la materia para sacar la obra lo más completa posible.

Es decir, que ordenó los datos recogidos de manera tan completa, que le bastaron a Sanson en 1680 para con ellos trazar el mapa del Marañón, pero no para escribir una historia.

Termina el P. Velasco en la pág. 188, diciendo que mandó el Virrey, que se hiciese su descubrimiento formal; gloria reservada a los jesuitas destinados por la real Audiencia de Quito.

Termina el P. Velasco en la pág. 188, diciendo que mandó el Virrey, que se hiciese su descubrimiento formal; gloria reservada a los jesuitas destinados por la audiencia de Quito.

El P. Chantre y Herrera, en la obra antes citada, confirma la demarcación del Marañón precisamente enunciando de esa manera el capítulo XVI del libro I, pág. 49: Célebre demarcación del Marañón por dos jesuitas. En ese capítulo cuenta entre otras cosas la expedición de los Padres Acuña y Artieda.

Mapa del P. Samuel Fritz. – 1691. – Los estudios y trabajos preparatorios para la formación de este mapa, y el estudio especial que hizo del origen del Marañón, ya los hemos visto en sus viajes y exploraciones. El fruto que para la ciencia geográfica y cartográfica recogió en ellos, lo cristalizó en el mapa que trazó del mayor de los ríos del mundo, el Marañón y Amazonas. El título del mapa original dice así: “Mapa geográfico del río Marañón o Amazonas, hecho por el P. Samuel Fritz, de la Compañía de Jesús Misionero en el mismo río Amazonas, el año 1691”.

El P. Fritz fue el primero que se gobernó por la relación del P. Acuña, en los viajes de sus misiones; pero no satisfecho con ella, emprendió la tarea de revisarla y de levantar una verdadera carta geográfica del coloso de los ríos.

Su trabajo duró algunos años; aunque parece que la tardanza fue forzosa, si tenemos en cuenta que estuvo detenido en el Pará casi dos años.

El trabajo para la formación y trazado del mapa debió ser muy grande, para proyectar sobre el papel con los escasos medios de que disponía, toda la cuenca del más grande de los ríos.

Qué valor tuviera este mapa y cuánto lo apreciaran los entendidos en la materia, se puede juzgar por el aprecio que de él hizo La Condamine, a quién el P. Fritz se lo regaló cuando hizo su viaje científico por aquellas regiones. De él dice este sabio: “No se necesita más que leer el diario del cual tengo una copia para convencerse de que este Misionero, enfermo cuando bajó por el río para buscar auxilios al Pará, molesto y vigilado a su regreso, no podía ciertamente hacer las observaciones necesarias para que su mapa saliese tan exacto como era posible. Por otra parte, sin péndulo y sin anteojo no había podido determinar ninguna longitud; y no tenía para las latitudes sino un pequeño semicírculo de madera, de tres pulgadas de radio. Con tan pocas comodidades, es sorprendente que haya podido hacer una obra tan digna de estimación. Con más facilidades que dicho Padre, yo siento que mi mapa esté tan lejos de la perfección”. (Historia de la real Academia de Ciencias. Año 1745, pág. 397).



*Ese es el aspecto del territorio del codo del Marañón. En él no puede esperarse que los indios nos hagan casas, habitables para un blanco residente.*

Este mapa se imprimió en Quito en 1707, y la real Audiencia se lo dedicó al Rey de España, como después hizo lo mismo en 1734 el P. Pedro Murillo Velarde con el mapa que trazó de las Islas Filipinas. Los ejemplares de la primera edición del mapa del P. Fritz son ya rarísimos. Después se hicieron otras ediciones; en 1717, en 1755, etc. el P. Velasco, al escribir la Historia del reino de Quito se sirvió también del mapa del P. Fritz, como dice en el prefacio del tomo tercero, pág. V: “Yo me gobierno por la carta que tengo formada muchos años ha, según las cuatro mejores, que son las de los señores Maldonado y Condamine, y de los Padres Fritz y Magnín, sólo añadiendo tal cual cosa de propia observación. Sé que muchos de los lugares están perfectamente medidos

por dichos autores”. El Sr. Jiménez de la Espada, al publicar las “Noticias Auténticas del famoso río Marañón del P. Pablo Maroni” reproduce el mapa del P. Fritz.

Mapa del Padre Weigel. – De todos los mapas que representan las misiones de Mainas, creemos que ninguno hay tan detallado como el del P. Francisco Javier Weigel. Pudo hacerlo, así como muy conocedor del terreno, pues vivió muchos años en él, como misionero y como superior de las misiones; lo que le obligaba por su cargo a hacer muchos y largos viajes, para atender al gobierno y dirección de todas las misiones. Tiene una cosa muy particular e interesante la historia de este mapa, y es, que está trazado en las cárceles de Lisboa, donde estaba preso el P. con sus compañeros de misión. El mapa no tiene nombre ni fecha, pero sabemos que lo hizo el P. Weigel para servir de pauta a la obra del P. Chantre y Herrera, “Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús el Marañón Español”. Comprende desde  $1^{\circ}$  latitud N. hasta algo más de  $8^{\circ}$  latitud S., por unos  $16^{\circ}$  de longitud desde el cabo Blanco al S. del Golfo de Guayaquil hasta la confluencia del Putumayo con el Amazonas. El mismo P. Weigel dice que viviendo en las misiones, se vio obligado a observar la geografía de ellas. Indica el P. en su mapa con mucho cuidado los límites de las misiones de la Compañía y de los franciscanos, con otros detalles; como la situación de los principales pueblos fundados por los jesuitas, las misiones vivas, o que permanecieron hasta la salida de los misioneros y las misiones desaparecidas ya en esa fecha. Por lo que se nota, sobre todo, trazado con más cuidado, son los ríos. Estos están detallados con sus nombres una infinidad de ellos, aunque no sean sino secundarios. Es muy natural; los ríos marcaban perfectamente la situación de las naciones y tribus, y eran como punto de referencia para los misioneros, tanto en sus excursiones apostólicas, como en

los sitios escogidos para la fundación de la mayor parte de los pueblos, por la mayor comodidad que ofrecían como caminos para comunicarse unos con otros. Una cosa debemos notar en este mapa, que tal vez pudiera extrañar a los que conocen la extensión que llegaron a alcanzar estas misiones, sobre todo a fines del siglo XVII. Y es que no comprende toda la extensión; pues consta por otros mapas y documentos que llegó por el S. hasta los  $11^{\circ}$  con las misiones del Ucayali del P. Richter y hasta los  $60^{\circ}$  W de Greenwich con las del P. Fritz.

Creemos que la razón que asistió al P. Weigel para omitir en su mapa esas misiones en toda su extensión, fue la siguiente: en la fecha que el P. trazó el mapa, hacía ya mucho tiempo que no existían ya esas misiones; pues las de Ucayali se perdieron con la rebelión de 1695, en la que murió su misionero el P. Enrique Richter a manos de sus ingratos Cunibos. Y las del P. Fritz en las orillas del Amazonas, se perdieron también con las invasiones de los portugueses en 1710. Además, el mismo P. Weigel intentó en 1766 restaurar de nuevo la misión del Ucayali, pero no lo pudo conseguir. También pudo haber sido el tratar con mucha brevedad el P. Chantre de esas perdidas misiones, como lo hace, pues apenas hace mención de ellas, sobre todo de las del P. Fritz que no cita más que siete de los pueblos fundados, habiendo sido cuarenta y uno.

El título de este mapa traducido del latín en que están en general estos mapas es: "Curso del Marañón o Amazonas en su parte española, con los ríos y regiones adyacentes; descrito nuevamente con mayor cuidado por un misionero de la Compañía de Jesús en aquellas provincias".

El mismo título parece que apunta el P. la razón de los límites del mapa, pues dice "en su parte española" recordan-

do que prácticamente se había perdido el territorio invadido por los portugueses como en efecto sucedió después, desde la boca del Yaraví hasta la del Negro.

Mapa de la provincia de Quito. – Hay otro mapa con el título Provincia de Quito de la Compañía de Jesús en América, dedicado al General de la Compañía P. Ignacio Visconti, pero sin nombre de autor. Lleva la fecha de 1751. Comprende, no sólo la provincia de Quito, sino la del Perú, la de Nueva Granada y la Portuguesa. La provincia de Quito se creó en 1608, como hija de la del Perú que se había creado en 1567. Es uno de los más extensos, pues abarca de latitud 16 grados al N., y 16 al S., del Ecuador de longitud 46, desde 4 grados al E. de la ciudad del Pará hasta Costa, pues la provincia de Nueva Granada comprendía también Panamá. En la explicación de los signos se notan algunas cosas interesantes. Una de ellas es referente al río Putumayo, que dice: En el Putumayo navegable hasta la serranía de Pasto, han fortificado su boca (los portugueses) con la población de Eviratua. Es muy detallado; tiene todas las ciudades donde hay casa de la Compañía, indicando si son colegios, seminarios, residencias, misiones, etc. con la suma de todas de cada clase, tantos colegios, misiones, etc. Sospechamos que este mapa sea el famoso del P. Magnín, socio honorario de la Academia de ciencias de Paris, del que se sirvieron La Condamine y Maldonado, como consta en la obrita “La Misión del Napo” por el P. López San Vicente S. J. impresa en Quito en 1894, pág. 91.



*La Yunga, fundada por Cossío, tiene su Iglesia pobre, pero que floreció bien hasta que los enemigos de aquél (y, en este caso, también de Dios) introdujeron la mala hierba de las sectas protestantes.*

En la misma obra, pág. 84, se habla de una Historia completa de las Misiones de Mainas, escrita ampliamente por el P. Carlos Brentano, alemán, famoso misionero del Marañón, en dos grandes volúmenes manuscritos con mapa geográfico e innumerables dibujos, pero esta grande obra desgraciadamente se perdió en Europa con la muerte del autor el año 1753, en un lugar de Genovesado, estando para darse a luz, pues el autor había ido de procurador de Roma. Sólo salió el mapa geográfico. Este mapa se ha hecho ya sumamente raro. Aunque imperfecto tiene su importancia. Su

escala es mucho mayor que la de los Padres Magnín y Fritz. Existe un ejemplar en la biblioteca del Colegio de Quito.

En el archivo histórico de la casa de Loyola hay otro mapa de 40x27 cms. en que se representan todas las misiones jesuíticas del Perú y del Paraguay.

Mapa del P. Carrés. - Otro mapa existe sobre Mainas, tal vez en más completo de todos. Es moderno, publicado en 1900 en el "Atlas geográficus Societatis Jesu", N° 33, *Missio Provinciae Toletanae*, por el P. Luis Carrés S. J. Tiene la gran ventaja sobre todos los anteriores, que su autor para trazarlo ha consultado los que se enviaban a Roma al Superior General, y ha utilizado los documentos más completos y exactos que se conocen, los mejores que enviaron los misioneros.

Comprende desde 1 grado latitud N. del Ecuador hasta 22 grados latitud S., y de lo longitud desde el Pacífico hasta 2 grados más al E. de la boca del río Negro. Es decir, todas las misiones jesuíticas del alto y bajo Perú. Las de Mainas y las de Mojos y Chiquitos, ahora de Bolivia. Es el más completo y amplio de las misiones de Mainas; cuyos límites pone al S. hasta los 10 grados en el Ucayali y Pachitea, o sea hasta el paralelo de Huánuco. Por el E. casi hasta la boca del río Negro. Contiene del Negro al Yavarí 31 pueblos de los 40 fundados por el P. Fritz en 1687 y 88, en las orillas del Amazonas; 17 en la banda del N. y 14 en la del S. Lleva al pie la lista de los pueblos de misiones. Está en latín, como todo el atlas. Dicho atlas contiene las misiones y casas de la Compañía de todo el mundo.

Con lo expuesto tenemos la prueba de la labor cartográfica de los Misioneros Jesuitas en el oriente peruano, resultado de los estudios hechos en sus viajes y exploraciones. Qué valor hayan tenido sus mapas y qué estima hayan hecho

de ellos los sabios, lo hemos visto en parte y algo más vamos a indicarlo ahora.

En la obra citada “Misión del Napo”, pág. 73 leemos, que las cartas inéditas de los antiguos misioneros son, aun en el día de hoy las fuentes más puras para escribir con acierto la geografía de esa inexplorada región (de Mainas). Es muy natural; los datos muchos inéditos que se conservan en el archivo del Colegio de Quito, de misioneros que pasaron la mayor y mejor parte de su vida de misioneros en esa región, y que estudiaron con tanto cuidado sus accidentes geográficos, tienen que ser sin duda alguna la fuente más segura de consulta en la materia. Citaremos como ejemplo entre los 161 sujetos que vivieron en Mainas en los 130 años que estuvieron en las misiones, algunos de ellos. El P. Francisco J. Zefiriz estuvo en las misiones 18 años; el P. Martín de Iriarte que ayudó al P. Chantre a escribir la Historia del Marañón, estuvo 19; el P. Juan Ullauri 20; el P. Adán Scheffen 22; el P. Francisco Figueroa, el de la famosa relación de 1661, 24 años; el P. Ignacio Michel 27; el famoso P. Lorenzo Lucero 29; el P. Gaspar Vidal 30; el P. Gaspar Cujía, fundador de la misión con el P. Lucas de la Cueva 33; el citado P. Cueva el P. Gregorio Bobadilla 34; el famosísimo P. Fritz 40; los Padres Enrique Francen y Adán Widman ambos 40 años y el P. Francisco Vidra 53, murió a los 90.

Como se ve, hay razón para creer que estos misioneros tuvieran bien conocido el terreno del que dejaron escritos y mapas.

El 1924 en un estudio que publicó en Riobamba sobre la Antigua provincia de Quito y sus Misiones entre infieles, resumen sincrónico de su historia, el P. José F. Heredia S. J. presentado a la Exposición Misional Vaticana, hace estudios muy interesantes sobre Mainas, sin duda utilizando

también los datos inéditos del archivo de Quito, y en la pág. 22 trata del mapa del P. Fritz y dice: “1707. Se imprime en Quito el mapa del curso del río Marañón, delineado por el P.S. Fritz, el cual se sirvió para ello de sus propias observaciones, recogidas en las dos ocasiones que lo navegó, y, además, de las relaciones de viaje y apuntamientos varios del P. Cristóbal de Acuña y de otros Misioneros. Lo dibujó el P. Juan de Narváez y lo estampó un hermano coadjutor, de nacionalidad alemana. En el mapa del P. Fritz el río tiene su verdadero origen, la laguna de Lauricocha, en el Perú, cosa en que se habían equivocado todos sus predecesores”.

Raimondi reconoce el valor de los trabajos de los misioneros, y como dice en “El Perú”, tomo II, pág. 191 “La ciencia geográfica es deudora de importantes trabajos a los misioneros, pues a más de cumplir con su sagrado ministerio, contribuyeron con sus variados conocimientos al progreso científico, levantando mapas que dieron a conocer aquellas apartadas y desconocidas regiones; pudiendo citar como ejemplo al P. Fritz.



*Para conocer mejor una de las rutas de la Misión, el Padre no dudó en confiarse un día de viento y lluvia a una frágil avioneta, guiada por el audaz piloto D. Juan Pardo.*

En los Documentos para la Historia Argentina, por el Instituto de investigaciones históricas, en los dos tomos que conocemos publicados, reproduce los mapas de los jesuitas de las misiones del Paraguay, y no sólo los mapas, sino hasta los facsímiles de las Cartas anuas que los jesuitas enviaban a Roma al General.

El Sr. Andrés Lamas, editor de la “Conquista del Paraguay” del P. Pedro Lozano, en la introducción, tratando de los trabajos geográficos de los jesuitas, dice: “Sirvieron de base para el ajuste de límites de 1750 y con los mapas jesuitas en las manos fue como los primeros demarcadores se acercaron a los terrenos en que debían de levantar los mar-

cos divisorios”. Y más delante dice que: “Los trabajos de los jesuitas han servido de antecedentes a los demarcadores de límites en 1750 y por consiguiente a los de 1777”, (Tratado de San Ildefonso).

Vamos a terminar este punto con las citas de las palabras de la más elevada mentalidad de nuestro tiempo, del hombre más erudito de nuestro siglo, de aquel prodigioso polígrafo de nuestra raza, Menéndez y Pelayo. El cual, tratando de los perjuicios que la expulsión de los jesuitas trajo a la cultura, dice: “El vandálico decreto de 1767 ordenando la expulsión de los jesuitas, produjo gran trastorno en América... Si existían mapas especiales del territorio americano, a ellos se debían; e imperfecto y todo, eran los únicos que habían servido de base para el arreglo de límites con los portugueses en 1750”. (Poesía Hispano-Americana, segunda edición pág. 387 - 388).

En fin, que los Misioneros Jesuitas ocupan un lugar distinguido por su labor cartográfico hispano americana, hasta el punto de competirles respecto de varios países la paternidad exclusiva de sus mapas. Y al terminar el siglo XVIII a ellos se debía el mayor esfuerzo cartográfico de estos países.

### **PUEBLOS FUNDADOS E INDIOS REDUCIDOS**

Sería interesante poder contemplar en un mapa los pueblos fundados por los jesuitas durante los 130 años que trabajaron en la civilización de los indios de Loreto. Como es interesante al estudiar el antiguo Perú saber la situación exacta de las ruinas tanto preincaicas como incaicas. Pero pese a nuestro buen deseo, no podemos saber la situación de

muchos de los pueblos, como tampoco sabemos la de muchas de las ruinas. En los mapas apenas se pueden ver los lugares donde estuvieron algunos, los menos, pues aún los mapas más completos sólo contienen los más importantes.

Sabemos por las historias y relaciones que fueron muchos, y de la mayor parte hasta sabemos sus nombres y la fecha en que fueron fundados, y de muchos también hasta quién fue su fundador.

El P. Chantre y Herrera en el Marañón Español, pág. 580, pone unos 80. El P. San Vicente, en la Misión del Napo, págs. 91 y 92, señala 88. El P. Velasco, Historia del reino de Quito, tomo tercero, pág. 179, dice que fueron 152 y muchos de ellos numerosísimos. Y por fin el P. José F. Heredia, en la obrita poco antes citada de la Antigua provincia de Quito, resumen sincrónico de su historia, indica también que fueron 152 en la pág. 31. (1).

Las misiones de Mainas, por el S. llegaron hasta los 11 grados latitud S., con los trabajos de los Padres Lucero y Richter, o sea hasta el Gran Pajonal, como consta en la real cédula de Carlos II que llegó a Quito en 1689, como dice el P. Velasco en su Historia ya citada, tomo tercero, libro quinto, pág. 211, y el informe del P. Lucero, superior por 20 años de las misiones, citado por el mismo autor, en la pág. 205 del mismo libro, y por el E. se extendía hasta la boca del río Negro, afluente por la izquierda del Amazonas, cerca del meridiano 60, W de Gr. hacia la actual ciudad brasileña de Manaos.

Desde el río Negro al Napo había fundado el P. Fritz 40 pueblos, los cuales en 1688 tenían 40,000 indios; pero

---

(1).- Sin embargo otros documentos existentes en el archivo del Colegio de la Compañía de Quito prueban que llegaron a 173, como veremos más adelante (P. Joanen)

desde 1710 las invasiones de los portugueses se llevaron esclavos casi la mitad, como dice el P. Velasco, libro quinto del tomo tercero, pág. 233, huyendo los otros a los bosques. Desde entonces prácticamente se perdieron esas misiones hasta la boca del Yavarí, como también el territorio para el Perú. El autor del mapa de las misiones de Mainas, P. Weigel, de quien tomamos muchos datos, no incluye ya dicha zona, teniéndola por perdida.

Los pueblos están en general o en las orillas de los ríos o cerca de ellas, y echando una mirada al mapa notaremos que hay varios grupos o núcleos principales, más o menos numerosos. Seguimos, en cuanto es posible, algún orden en la numeración, aunque no siempre se puede. En todos los que hemos podido conseguir datos más completos, que son los 83 primeros, seguimos las agrupaciones con el orden del P. Chantre y Herrera, en la obra citada, pág. 578, indicando: el número de orden, el nombre del pueblo, el fundador y la fecha de su fundación. En los demás indicaremos el nombre del pueblo y el año en que se fundó, lamentando no poder indicar otros datos, que no hemos podido conseguir.



*El primer Misionero, terminada su misión, de vuelta a los cactus de S. Juan. están preparando la barraca y el simple pegujal del Misionero en S. Ignacio, S. Juan de Chirinos, S. José de Lourdes, Gramalote, Huarango, Namballe, S. Javier del Niño-Dios, Santa Rosa, La Yunga... y el primer Misionero sonríe... ¡como si no hubiera habido trabajo!*

**GRUPO DEL MARAÑÓN**

<b>Núm.</b>	<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
1	San Francisco de Borja .....	P. Gaspar Cujía ....	1638
2	San Ignacio de Mainas .....	P. Gaspar Cujía ....	1646
3	Santa Teresa de Mainas .....	P. Gaspar Cujía ....	1647
4	San Miguel de Mainas .....	P. Nicolás Durango .....	1705
5	San Juan E. de Mainas .....	P. Joaquín Hedel ...	1759
6	La Concepción de Joberos .....	P. Lucas de la Cueva .....	1640
7	San Pablo de Panda-beques .....	P. Lucas de la Cueva .....	1653
8	San Javier de Aguanos .....	P. Raimundo Santa Cruz .....	1652
9	San Antonio de Aguanos .....	P. Francisco Figueroa .....	1656
10	Ntra. Sra. Nieves Yurimaguas .....	P. José Jiménez ....	1711
11	Santa Ana de Yurimaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1687
12	Laguna Coari de Yurimaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1687

<b>Núm.</b>	<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
13	Fracuatua de Omaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1688
14	San José de Ataguites .....	P. Lucas de la Cueva .....	1653
15	Santo Tomé de Cutinanas .....	P. Lucas de la Cueva .....	1646
16	Santa María de Huallaga .....	P. Raimundo Santa Cruz .....	1652
17	Ntra. Sra. Loreto Paranapurás .....	P. Raimundo Santa Cruz .....	1653
18	La Presentación de Chayavitas .....	P. Pedro Ignacio Cáceres .....	1678
19	La Concepción de Cavapanas .....	P. Francisco Feijoo	1688
20	Santa María de Ucayale .....	P. Bartolomé Pérez	1650
21	San Ignacio de Barbudos .....	P. Raimundo Santa Cruz .....	1653
22	San Joaquín de Omaguas, Guerari .....	P. Samuel Fritz .....	1687
23	Ntra. Sra. Guadalupe Omaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1687
24	San Pablo de Omaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1687
25	San Cristóbal de Omaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1687

Núm.	Nombre	Fundador	Fecha
26	Santiago de la Laguna .....	P. Lorenzo Lucero .....	1670
27	San Regis de Lamistas .....	P. Gregorio Bobadilla .....	1670
28	San Estanislao de Muniches .....	.....	.....

**GRUPO DEL RIO PASTAZA**

29	Los Ángeles de Roamainas .....	P. Lucas Majano ....	1658
30	San Salvador de Chapas .....	P. Lucas Majano ....	1659
31	Nombre de Jesús de Coronados .....	P. Lucas Majano ....	1659
32	Santo Tomás de Andoas .....	P. Venceslao Brayer .....	1709
33	San José de Pinches .....	P. Nicolás Durango .....	1698
34	Ntra. Sra. Dolores Muratas .....	P. Andrés Camacho .....	1757

**GRUPO DEL BAJO MARAÑÓN**

35	San Joaquín de Omaguas .....	P. Nicolás Singler .....	1687
36	San Fernando de Mayorunas .....	.....	.....

37	San Regis de Yameos .....	P. Bernardo Zurmilen .....	1723
38	San Carlos de Alabonos .....	P. Ignacio Michel .....	1739



*Salida al Este del famoso y temible Pongo de Manseriche.*

<b>Núm.</b>	<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
39	San Simón de Na- huapo .....	P. Juan Bautista Julián .....	1724
40	San Pablo de Na- peanos .....	P. Andrés de Zárate	1737
41	San Javier de Ura- rinas .....	P. José Albelda .....	1738
42	San Ignacio de Pe- bas .....	P. Nicolás Singuler	1735
43	Ntra. Sra. del Car- men Mayorunas .....	P. José Bahamonde	1761
44	Ntra. Sra. Loreto, Ticunas .....	P. José Bahamonde	1760
45	San Juan Nepomu- ceno de Iquitos .....	P. José Bahamonde	1740
46	Santa Bárbara de Iquitos .....	P. José Bahamonde	1738
47	Santa María de la Luz de Iquitos .....	P. José Bahamonde	1740
48	San Sebastián de Iquitos .....	P. Carlos Brentano	1742
49	Corazón de Jesús de Iquitos .....	P. José Bahamonde	1747
50	San Javier de Iqui- tos .....	.....	.....

<b>Núm.</b>	<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
51	San José de Iquitos	P. Martín de Iriarte	1766
52	Corazón de María de Iquitos .....	.....	.....

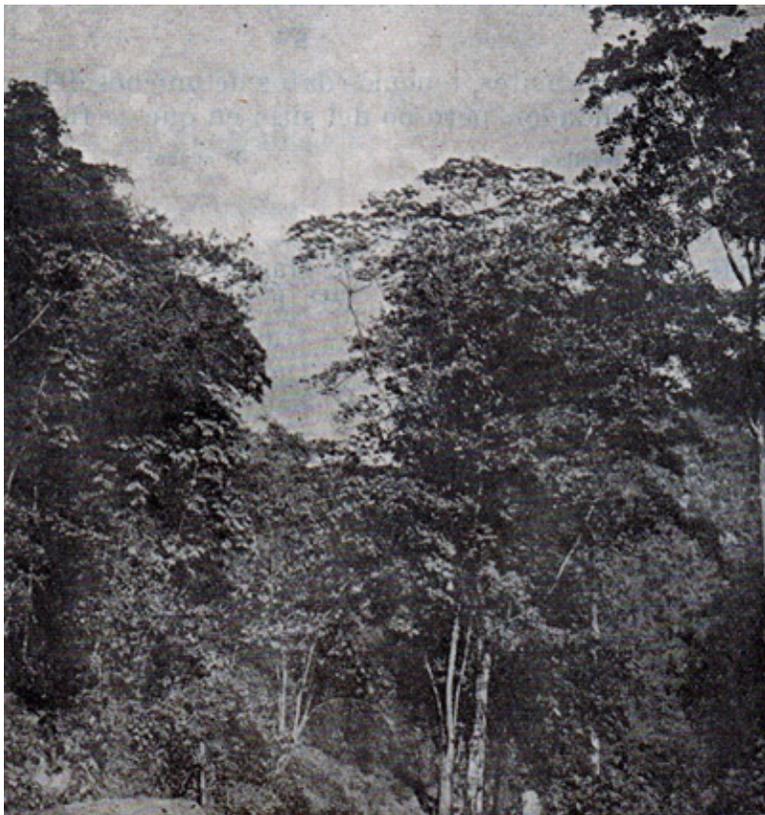
**GRUPO DEL RIO NAPO**

53	Reina de los Ánge- les Payaguas .....	P. Luis Coronado ...	1721
54	Ángeles de G. de Payaguas .....	P. Martín de Iriarte	1742
55	San Pedro de Paya- guas .....	P. Leonardo Deu- bler .....	1732
56	San Javier de Ica- guates .....	P. Diego Gutiérrez	1726
57	San Juan Bta. de Paratoas .....	P. Miguel Bastida	1742
58	San José de Guayo- ya .....	P. Leonardo Deu- bler	1733
59	La Soledad de María	P. Miguel Bastida	1742
60	San Bartolomé de Necoya .....	P. Enrique Franzen	1732
61	Nombre Sta. María de Guayoya .....	P. Miguel Bastida	1742

<b>Núm.</b>	<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
62	San Miguel de Ciecuya .....	P. Pablo Maroni	1738
63	Nombre de Jesús Maqueye .....	P. Pablo Maroni	1739
64	S. Juan Nepom. de Tiputini .....	P. Pablo Maroni	1738
65	San Pedro de Aguarico .....	P. Leonardo Deubler .....	1734
66	San Estanislao de Yairaza .....	P. Martín de Iriarte	1742
67	Corazón de María de Zancora .....	P. Martín de Iriarte	1743
68	Los mártires del Japón .....	P. Martín de Iriarte	1742
69	San Luis de Guatizaya .....	P. Pablo Maroni .....	1738
70	Santa Teresa de Puequeya .....	P. Martín de Iriarte	1742
71	La Trinidad de Capocúí .....	P. Isidoro Losa .....	1752
72	Santa Cruz de Ciecuya .....	P. Pablo Maroni .....	1738
73	San Luis de Tiri .....	P. Manuel Uriarte ..	1752

**OTROS EN VARIAS REGIONES**

<b>Núm.</b>	<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
74	La Trinidad de Masa- maes .....	P. José Bahamon- de .....	1740
75	San Miguel de Ucaya- le .....	P. Carlos Zurmi- llen .....	1721
76	San Juan Ev. De Mi- gueanos .....	P. Carlos Brenta- no .....	1737
77	Santa Ana de Pativas	P. Nicolás Schind- ler .....	1734
78	San Andrés de Parra- nos .....	P. Carlos Brenta- no .....	1737
79	San Felipe y Santiago Amaonos .....	P. Carlos Brenta- no .....	1737
80	San Francisco J. de Gayes .....	P. Sebastián Zede- ño .....	1671
81	Corazón de Jesús de Jíbaros .....	P. Andrés Cama- cho .....	1766
82	Santa Cruz de Semi- gayes .....	P. Nicolás Duran- go .....	1699
83	Todos los Santos de Záparas .....	P. Nicolás Duran- go .....	1699



*La selva virgen teatro de las hazañas heroicas de los Misioneros  
Jesuitas*

De los siguientes, tenemos datos de muchos del nombre de su fundador, pero no del sitio en que se fundó.

<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
San Luis Gonzaga de Mainas .....	P. Gaspar Cujía .....	1646
Santa María de Oas .....	PP. Francisco Guells y Sebastián Zecdeño	1665
San Sebastián de Avijiras .....	P. Sebastián Zecdeño	1665
Santa María la nueva de Ucayales y Cocamas .....	P. Lorenzo Lucero .....	1670
San Javier de Chamicuros .....	P. Lorenzo Lucero .....	1671
San Lorenzo de Tibilos .....	P. Lorenzo Lucero .....	1671
San Estanislao de Otanavis .....	P. Lorenzo Lucero .....	1671
San José de Maparinas	P. Lorenzo Lucero .....	1671
Todos Santos de diversas naciones .....	P. Lorenzo Lucero .....	1672
San Juan de diversas naciones .....	.....	1672
Dos Arcas de Noé de diversas naciones .....	P. Lorenzo Lucero .....	1672

<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
San Salvador de diversas naciones .....	P. Lorenzo Lucero .....	1673
Ntra. Señora de Loreto de diversas naciones .....	P. Lorenzo Lucero .....	1674
San Antonio Abad de Muniches .....	P. Pedro Ignacio de Cáceres .....	1678
San Nicolás de Manamabobos .....	P. Lorenzo Lucero .....	1681
Los Naranjos de Mainas y Jíbaros .....	.....	1682
La Trinidad de Cunibos	P. Enrique Rictet .....	1686
Encarnación de Parana-puras .....	P. Lorenzo Lucero .....	1686
San Francisco Javier de Omaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1687
Veintisiete (27) pueblos anejos de Omaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1687
De estos pueblos fundados por el .....	P. Fritz no constan los nombres .....	
San José de Yurimaguas	P. Samuel Fritz .....	1688
Anejo de Yurimaguas ...	P. Samuel Fritz .....	1688
Tefé de Aisuaris .....	P. Samuel Fritz .....	1688
San Pedro de Ticunas ...	P. Samuel Fritz .....	1688
Los Iluros, pueblo principal .....	P. Samuel Fritz .....	1688

<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
Los Iluros, anejo .....	P. Samuel Fritz .....	1688
Los Ibanomas, principal	P. Samuel Fritz .....	1688
Los Ibanomas, anejo .....	P. Samuel Fritz .....	1688
Los Comabos de Zepa ....	P. Enrique Ricter .....	1689
Los Piros Manatinabas ..	P. Enrique Ricter .....	1689
Los Piros Cusitinabas ....	P. Enrique Ricter .....	1689
San Simón de Yetes .....	P. Simón Rojas .....	1690
Trinidad de Mochobos ....	P. Enrique Ricter .....	1690
Los Mananabuas .....	P. Enrique Ricter .....	1690
Trinidad de Chepeos .....	P. Enrique Ricter .....	1690
Nuevo San Javier de Gaes .....	P. Nicolás Durango ...	1696
Nueva Concepción de Ca- huapanas .....	P. Francisco Feijoo ....	1697
La Asunción de Pavas ....	PP. Nicolás Durango y Gaspar Vidal .....	1698
La 3° Concepción de Ca- huapanas .....	P. Francisco Vidra .....	1700
Andoas de Anguilayaco	P. Nicolás Durango ...	1701
Los Nuevos Naranjos de Jíbaros .....	P. Juan Narváez .....	1702
San Martín de Payaguas	P. Matías Laso .....	1703
Nuevo San Joaquín de Omaguas .....	P. Samuel Fritz .....	1711

<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
Los Yameos de Yarapa ...	P. Gaspar Vidal .....	1716
Anejo de Yarapa .....	P. Gaspar Vidal .....	1716
San Miguel de Yameos ...	P. Bernardo Zurmillen	1723
La 4° Concepción de Cahuapanas .....	P. Cipriano Español ...	1726
El Alto Andoas .....	.....	1727
Nombre de Jesús de Guencoya .....	P. Enrique Francen ...	1732
San José de Necoya .....	P. Leonardo Deubler	1734
Santa Bárbara de Aguarico .....	P. Leonardo Deubler	1734
Ntra. Señora de la Nieves de Cahuaches .....	P. Nicolás Singler .....	1734
Corazón de Jesús de Yashó .....	P. Martín Iriarte .....	1742
Ntra. Señora de la Soledad de Guayoya .....	P. Miguel Bastida .....	1742



*Casa típica de la selva del Marañón.*

<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
La Nueva Archidona .....	P. Miguel Crespo .....	1743
San Miguel de Moyorunas .....	P. Adam Vidman .....	1744
Santa María de Masamaes .....	P. José Bahamonde ...	1748
Santa Bárbara de Encabellados .....	.....	1748

<b>Nombre</b>	<b>Fundador</b>	<b>Fecha</b>
Nuevo San Javier de Unarinas .....	Hno. Bernardo Gutiérrez .....	1756
Nuevo San Borja de Pucabarranca .....	P. Antonio Jenske .....	1756
Nuevo San Ignacio de Mainas .....	P. Antonio Jenske .....	1756
Enerecamú de Iquitos .....	Hno. Bernardo Gutiérrez .....	1760
San Andrés de Camacoris .....	P. Andrés Camacho ...	1765
Huamaranas de Uritoyaco .....	P. Segundo Castillo ...	1767

Total: 173 pueblos de los que hay datos concretos.

Basta ver la lista de los pueblos fundados para formarse una idea, aunque siempre incompleta, de la enorme labor social desarrollada por los misioneros en el oriente peruano. Pero si dejamos el conjunto, estudiamos en particular el trabajo realizado en la fundación de cada pueblo y las dificultades encontradas y vencidas, tanto por parte de la naturaleza misma del terreno, cuenta y principalmente, por la indolencia de los indios, siempre refractarios a todo lo que es trabajo y fatiga; nos formaremos alguna idea menos alejada de la realidad, aunque siempre muy distante.

¿Y qué medios usaron los misioneros para formar esos pueblos para hacer que los indios saliesen de los montes y se juntasen en ellos para empezar a vivir vida común y civi-

lizada? Oigamos a un modelo de misioneros, el P. Fritz, que practicó y vio practicar durante 40 años los medios de reducción de los indios a pueblos. “Para empezar la conversión de alguna tribu, el único medio posible entre estas tribus salvajes es este: Se prepara una tropa de indios cristianos, a cuáles se juntan si los hay, algunos soldados españoles, los cuales por una parte defienden a los cristianos y por otra les impiden cometer atrocidades. Estos cristianos, como perros cazadores, adivinaban por los rastros donde había gente, y cuando tropezaban con alguna cabaña o mansión de salvajes, la rodeaban toda, y cogiendo en medio a los sorprendidos, les llevaban a la presencia del Padre. Si alguno sabía la lengua de ellos, no había dificultad. Por medio del intérprete les indicaba el misionero sus buenas intenciones, les daba algunos regalitos y les invitaba a vivir en los pueblos ya fundados. Si esto se les hacía difícil, como sucedía muchas veces, por lo menos procuraba el Padre que se hiciesen amigos y le prometiesen recibirle cuando les fuera a visitar otra vez. Los dones que solían estimar los indios más, eran las hachas y otros instrumentos cortantes de hierro, pues apenas conocían el uso del metal, y usaban instrumentos de piedra para el corte de las ramas y otros objetos”. (P. Astrain, Historia de la Compañía, tomo VII, libro II, capítulo VII).

Esta era la primera etapa; luego venía la segunda que era la construcción del pueblo. Una vez hechos amigos los indios, si no querían unirse a otros pueblos ya fundados, como muchas veces ocurría, por la desconfianza que generalmente se tenían entre si las distintas tribus, si bien no era odio y encono por pasadas luchas habidas entre ellas, se pasaba a escoger el sitio para el pueblo. Se empezaba el desmonte, se trazaban las calles, y cada familia iba fabricando su casa. Además, en los alrededores del pueblo se hacía el desmonte necesario para sembrar yuca, maíz y plátanos. Poco a poco

iban aprendiendo las artes mecánicas más necesarias para la vida ordinaria, como carpintería, herrería, etc. Si los Padres notaban en algunos, facilidad para la instrucción les enseñaban a leer y escribir, y hasta algo de medicina casera de la usada entonces; como era sangrar a los enfermos.

Para el orden necesario en los pueblos y para la disciplina y sumisión a las autoridades, una vez formado el pueblo, el medio único era la religión. Por eso una de las distribuciones ordinarias era la instrucción religiosa. Esto se hacía en especial con los niños; a los mayores sólo algunos días a la semana.

El mismo Padre Fritz, en el lugar citado del P. Astrain, da un resumen de esta práctica y dice: “Todos los días al amanecer y por la tarde se juntan en la iglesia los niños y niñas al son de la campana, y precedidos de uno o dos rezan las oraciones y dicen los Mandamientos de Dios y de la Iglesia. Los domingos, miércoles y viernes se explica la doctrina cristiana acudiendo también los hombres y las mujeres. Por la noche se reúne el pueblo delante de una cruz que suele haber delante de la vivienda del misionero y allí rezan algunas oraciones, se hace el acto de contrición y termina con un canto piadoso. En los domingos y fiestas se canta la misa sencilla”.

Pero no se crea que ya con esto estaban vencidas todas las dificultades. Otras muchas había de distinta índole que eran las que más trabajo daban a los misioneros. Oigamos algunas de ellas de boca de otro famoso misionero, el P. Francisco Figueroa, el cual, en el informe o relación de 1661, citada al tratar de la labor cartográfica, dice: “Como es gente que se cría en tanta ociosidad, sin tratar ni aun de vestirse, haciendo sólo lo que es necesario para comer, beber y vivir, tienen connaturalizada la flojera y pereza, y huyen

cuanto pueden del trabajo a sus escondrijos, y amenazan con matar al Padre y a los españoles si les van a buscar... Gran paciencia y sufrimiento han menester los Padres, y no menor ánimo, caridad y celo de la salvación de las almas que tratan de reducir a pueblos tan bárbaros. Después quedan otras dificultades que no dan poco que sufrir, y son las bárbaras costumbres incompatibles con el santo evangelio y leyes cristianas; como son las matanzas de unos con otros, muchedumbre de mujeres en algunos, y otras supersticiones y vicios, sobre todo la lujuria, que quisieran conservar y ser juntamente cristianos. Esto poco a poco se va venciendo con la doctrina y persuasiones de los Padres y la ayuda de la justicia, necesaria y forzosa, dándose las manos el evangelio en la enseñanza y la justicia en castigar y reprimir los desafueros y delitos. Pues sería error y temeridad el tratar de predicar a estas gentes sin escolta y brazo de españoles, porque la misma brutalidad y costumbres de estos indios está clamando justicia que los gobierne, corrija y reprima. No se halla cacique que tenga mano ni ánimo para castigarlos. Es gente de behetría, que sigue cada cual su antojo y echa por donde quiere. Con el tiempo, quitadas las malas costumbres, se descubre en ellos buen natural, y son dóciles, y estaban como ofuscados con sus malas costumbres y profunda ignorancia de todo lo que es honesto, conforme a razón y bien de sus almas, y entran bien en la luz de nuestra santa Ley”.



*Indias Chamas del Ucayali. Se notan los dibujos de sus vestidos.*

Otra de las grandes dificultades es la gran diversidad de lenguas, pues son casi tantas como las naciones o provincias. Algunas son algo comunes, pero la mayor parte son diferentes. Y es necesario que cada misionero aprenda diferente lengua y no pueda con ella ayudar a otras reducciones. Para facilitar algo esto se valen los Padres nuevos de intérpretes, catecismos, confesionarios y otros interrogatorios y pláticas que se ponen por escrito. También procuraban introducir para todos la lengua general del Inga el quechua que se adaptaba más fácilmente a la capacidad de los indios que la castellana. Y para tener alguna más facilidad, pro-

curaban que algunos muchachos aprendiesen la castellana para que sirviesen de intérpretes a los nuevos misioneros.

Lástima grande que no se conserven los trabajos que en esta materia hicieron los misioneros. Como al salir los jesuitas de las misiones en 1768 los sacerdotes seculares que les sucedieron no sabían las lenguas de los indios como es muy natural, los Padres les dejaron sus papeles para que se sirviesen de ellos.

El P. Martín de Iriarte, uno de los misioneros, asegura que éstos tenían manuscritos en tiempo de la expulsión más de veinte gramáticas y vocabularios de lenguas diferentes. (La Misión del Napo, por el P. San Vicente, antes citada, pág. 91 nota). Y en la misma nota se lee que; varios de los misioneros escribieron gramáticas o vocabularios o catecismos en las lenguas indígenas. Así, por ejemplo, el P. Lucero en la Cocama, Parapapura y otras, según dice Hervás y Panduro; el P. Richter en la Campa, Pira y Cuniba; el P. Santa Cruz (ibarraño) en la Cocama, etc.

Todo esto lo confirma el P. Chantre en el Marañón Español y antes citado, cap. X, pág. 90. Dicen en general los autores que las lenguas eran de dos clases. Había un grupo que era lengua madre de otras varias derivadas de ellas, y que estas eran unas 40; y otro grupo de dialectos que eran como 150. (P. Velasco, Historia del reino de Quito, tomo tercero, pág. 251). Y lo mismo dice el P. José F. Heredia, obra antes citada, pág. 34.

Damos a continuación la nota de estas lenguas y dialectos:

<b>Lenguas Matrices</b>	<b>Dialectos y Derivaciones</b>
1. AGUARICOS .....	Acaneos, Becadas, Chabelos, Chufías, Neguas y Tamas.
2. ANDOAS .....	Chudaviñas, Frascavinas, Guazagas, Macavinas, Muratas, Pavas, Pinches y Luirivinas.
3. AVIJIRAS .....	Cungíes, Nevas y Yurusnies.
4. CAMPAS .....	Amxenguacas, Curanas, Manoes, Nanerúas, Remos, Sepaunabas, Nesahuacas, Tasías y Unibueas.
5. CHAYAVITAS .....	Cahuapanas, Chonchos y Parapuras.
6. CHEPEOS .....	Aguanagas, Chais y Chepeaguas.
7. COMAVOS .....	Ciunúas, Ruanababas, Inuacas y Zepas.
8. ENCABELLADOS .....	Ancuterres, Guajoyas, Guasitayas, Guencoyas, Neocoyas, Paratoas, Puegueyaes, Yairazas, Yapúas y Yashoes.
9. MANAMOBOS .....	Cusabatayes, Haguétis, Manabamalos, Mananabúas, Pachictas y Taguacuas.



*Shipivos del Ucayali con sus vestidos y característicos.*

- |                    |  |
|--------------------|--|
| 10. MAINAS.....    | Humuranas, Rimachumas,<br>Cimarrones, Engumanas,<br>Imaschahuas e Ipapuisas. |
| 11. MUNICHES ..... | Churitunas y Otanavis.   |
| 12. OMAGUAS .....  | Cocamas, Cocamillas y Uca-<br>yalis.   |
| 13. PAYAGUAS ..... | Bitocuros, Zeoqueyas y Zie-<br>coyas.  |

<b>Lenguas Matrices</b>	<b>Dialectos y Derivaciones</b>
14. PIROS .....	Cusitinabas, Manatinabas, Mochoyos, Upatarimabas e Ipilos.
15. PUTUMAYOS .....	Ahives, Yetes, Yequeyaes y Zías.
16. ROAMAYNAS .....	Chapas, Coronados, Cuyres, Miscoaras y Zaparras.
17. SIMIGAES DEL CURARAY .....	Arazas, Ginoris, Napotoas, Nepas, Oas, Iginoris, Incuris, Inuris, Zapas y Záparas.
18. SIMIGAES DEL TIGRE .....	Acamoris, Comacores, Conexoris, Panaxoris, Tremoxoris, Iqueconexoris y Fremoxoris.
19. UGIARAS .....	Aunaras y Uñonos.
20. URARINAS .....	Mayorunas, Musquinas, Tapichis e Izuahalis.
21. JEBEROS .....	Cutinanas, Tiputinis y Tivilas.
22. JITIPOS .....	Manoas, Panos y Pelados
23. YAMEOS .....	Alabonos, Amaonos, Ardas, Masamaes, Nahuapoes, Napeanos, Miguianos, Parranos y Yarapas.

<b>Lenguas Matrices</b>	<b>Dialectos y Derivaciones</b>
24. ITUGALES .....	Eyeyes e Izibas.
25. IQUITOS DEL NAY .....	Blancos y Huasimoas.
26. IQUITOS DEL TI-GRE .....	Aicores, Ayacores, Eritey- nes, Himuetacas y Nereca- mues.

Naciones con sólo lenguas matrices, sin dialectos conocidos. - Aguanos, Aisuoris, Ahunalas, Cahuaches, Cahuamares, Chamicuros, Cubinos, Gaes, Pandabeques, Pevas, Tiumas, Jíbaros, Ibanomas, Yaguas, Icahuates, Ilurus y Yurimaguas.

Había además algunas naciones que se hallaban ya entonces con sus idiomas extinguidos, y se valían del idioma general, o sea del quechua.

Indios reducidos. - Grandes fueron las variaciones porque pasaron las misiones de Mainas desde su fundación hasta la salida de los jesuitas, y en conjunto no se puede decir tal número era el de sus pobladores reducidos a pueblos por los misioneros. Empezaron modestamente con dos misioneros; poco a poco se fue aumentando el número de operarios, según lo permitían las circunstancias y la abundancia de sujetos.

El tantas veces citado P. Velasco, en el tomo tercero, libro quinto, trata de ese tema y divide los 130 años de estas misiones en tres épocas. Comprende la primera de 1638 a 1683, o sea 45 años; la segunda de 1683 a 1727 con 44 años, y la tercera de 1727 a 1768 con 41 años. Ya en la

primera llegaron a un florecimiento grande; pues según los escritos de los Padres Cabero y Figueroa, hacia 1663 había más de 56,000 cristianos en 16 pueblos. Y no mucho después, llegaban los pueblos a 33, y los pobladores, contando con los catecúmenos, a 100,000, (pág. 198). Los misioneros, (todos muy notables añade el P.) fueron en esta época 32. Entre ellos sobresalió el P. Lucero, de Pasto; el que con más gloria trabajó en estas misiones. Notabilísimo por su virtud y ciencia. Ganó la mayor parte de las naciones, y era como un encanto el dominio que Dios le dio sobre los corazones de los indios que le salían a buscar de las selvas. El P. Vieira que le trató, le compara a San Francisco Javier, y le llama sol de occidente. Del P. Santa Cruz hemos visto ya sus proezas en las exploraciones. El P. Figueroa, de Popayán, después de 24 años de misionero tuvo la gloria de ser el promártir de las misiones.

En la segunda época fueron los misioneros 43; los pueblos que en ella se fundaron fueron 75; y el número de indios reducidos es el mayor a que llegaron las misiones y fue el de más de 160,000. Entre todos los misioneros de esta época descuella el P. Fritz, alemán, que trabajó durante 40 años en las misiones y murió en ellas a los 80 de edad. El P. Astrain, Hist, de la Compañía, tomo VII, pág. 414, trae una nota de las cartas anuas de ese año en la que dice de este Padre: “Era hombre muy amante de la disciplina religiosa, sumamente mortificado, poseído de tal celo de la gloria de Dios, que todos los trabajos le parecían pocos cuando se trataba de salvar un alma. Fue diestrísimo en las artes mecánicas; entendía más o menos de escultura, de pintura, de ebanistería, de arquitectura. Construyó varios altares y pintó varias imágenes que pudieran honrar a los buenos artistas. Entendía mucho de matemáticas, y a sus observaciones se debe el mapa del río Marañón, que él describió cuidadosamente y

que la provincia de Quito dedicó al Rey de España”. Y añade el P. Astrain: No hay duda que el P. Fritz debe figurar en primera línea entre los grandes misioneros de la Compañía. Murió en el pueblo de Jeberos.

En la tercera época hubo varias alternativas de aumento y disminución. Los pueblos fundados en ella fueron 45. Y los misioneros que en ella trabajaron, 86. En general disminuyó mucho la población, de tal manera, que según el informe del P. Weigel hecho en 1764 apenas quedaban 18,000 indios en 41 pueblos.



*La selva y el Ucaiyali; visión exacta y natural de lo que es la selva virgen.*

Seguramente que a muchos causará extrañeza esta diferencia tan grande en la población comparada con la segunda época, cuando parece que debía aumentar o por lo menos mantener la ya existente. Pero desgraciadamente no fue así, y la razón de ello la encontraremos en la clara y terminante apoyada en los números en los documentos de los misioneros. Tres fueron las causas principales de la disminución de los indios: primera, las enfermedades; segunda, las rebeliones de los indios, y tercera, las invasiones de los portugueses. La primera fue la principal. Según el informe del P. Lucero, en 1663 había a los 23 años de fundadas las misiones, 100,000 indios en las 16 poblaciones que había entonces; pues bien, la primera epidemia, que fue la de 1660, fue tan terrible que murieron 44,000 indios. A los 20 años, en 1680, hubo otra peste de viruelas, que tuvo origen en el alto Huallaga; de ella murieron 66,000, según el informe del mismo P. Lucero. Pero la más terrible de todas fue la de 1749. Empezó por la Archidona con las viruelas y se unió después el sarampión. No se sabe el número de muertos, pero se sabe que despobló casi todas las misiones. La de 1756 aunque menor, atacó tan fieramente al pueblo de Santiago de la Laguna, que no quedó vivo ni uno solo de sus pobladores. Teniendo en cuenta que este pueblo fue tan numeroso, que tenía 6,000 indios de armas, fuera de las mujeres y niños.

La segunda, o sea las rebeliones de los indios, ayudó también bastante a la despoblación. En 1644 se perdieron de 10 a 11 mil indios con la rebelión de los Cocamas. En 1667 se perdieron uno 3,000 de los Avigiras. En 1677 otros 3,400 de los Oas, no lejos de Archidona. En 1695 con la formidable del Ucayali unos 30,000. Y en 1707 los Gayes que eran uno 7,000. En casi todas las rebeliones incendiaban los pueblos y se huían a los bosques. En otras mataban a los misioneros; como hicieron los Cocamas con el P. Figue-

roa, los Avigiras con el P. Suárez, los del Ucayali con el P. Rictor, los Gayes con el P. Durango y los Cahuamares con el P. José Casado.

La tercera, o invasiones de los portugueses, fue terrible y desastrosa para las misiones. Sabido es, que en las misiones del Paraguay era esto uno de los mayores enemigos; que a veces se llevaban pueblos cautivos casi por completo, con sus terribles malocas. Algo parecido hicieron en las misiones de Mainas.

Ya vimos antes que desde que Portugal se separó de España en 1641 empezaron las invasiones de los portugueses. Al principio atacaban y apresaban por los ríos y los bosques a todos los indios que podían. Pero más adelante formaron armadas en toda regla. El pretexto era, que los indios eran caribes y comían carne humana; pero en realidad era para venderlos en el Pará.

El P. Velasco, cuenta en su obra ya citada, tomo tercero, pág. 230, que en 1710 armó el Gobernador del Pará una flota de 1,500 portugueses y 4,000 indios. En la armada llevaban el doble de canoas de las que necesitaban para llevar en ellas los indios apresados. Por desgracia para los indios, habían llamado para superior de la misión al P. Fritz en 1704, y estaba en su lugar el P. Juan B. Sanna. Los indios Omaguas llegaban ya por entonces a 42,000. Pues bien; se acerca la armada de los portugueses con los 4,000 indios, diestros en esta clase de correrías, cercan los pueblos y se apoderan de casi la mitad de sus pobladores. Los otros huyeron a los bosques como pudieron. Saquearon todos los pueblos, sin respetar las cosas más sagradas de las iglesias; y al P. Sanna le dejan sólo en un pueblo desierto. Al verse así, prefirió seguir la suerte de sus indios y les acompañó.

Escribió al Rey Fidelísimo, pero su respuesta fue enviarle a ser misionero en las Indias Orientales de la corona de Portugal.

El P. Astrain, en el tomo VII, pág. 413, de la Hist. de la Compañía, trae una carta del P. Fritz al gobernador del Gran Pará, Alejandro de Souza Freire, de 1721 en que le dice estas tristes palabras: “La provincia de Omaguas, que cuando yo entré en 1685, y misioné casi veinte años, tuvo 38 pueblos, unos mayores, otros menores, casi todos en islas; ahora según noticias que tengo, está casi consumida con el tráfigo de los portugueses y han quedado solamente cinco pueblos. Uno solo de Omaguas tenemos, que se escapó de los portugueses y subió unas sesenta leguas desde la boca del Napo hacia arriba y se pobló en Zarapa”. Esto mismo confirma el P. Andrés de Zárate, Visitador de la provincia de Quito, en una relación del estado de las misiones, firmada por otros cuatro misioneros, describiendo lo ocurrido en el decenio de 1725 a 1735; publicada por Jiménez de la Espada, con la relación del P. Figueroa. En la pág. 331, entre otras cosas dice: “Es de necesidad en las misiones una escolta de soldados que constantemente este en algún pueblo inmediato del misionero y cerca de las tierras que ocupan al presente los portugueses del Gran Pará, por las invasiones e insultos que ha padecido y padece casi de continuo nuestra Misión, de tan malos vecinos. Estos perversos católicos con nombre de portugueses, que indignamente blasonan, atropellando las leyes pontificias, y los derechos de Castilla, y aún más las Leyes de Dios, y la sangre de Jesucristo, desde el fin del siglo pasado a estos postreros años, han acometido repetidas veces con armas, en especial toda aquella parte de nuestra Misión que desde la boca del río Napo hasta la del río Negro florecía en 38 pueblos.



*Indios Jíbaros; antes los más salvajes de las Misiones de Mainas.*

Habíalos fundado el gran celo del venerable P. Samuel Fritz con tan buena orden y tan numerosos, que no hubiera en la América Misión tan gloriosa como esta. Subieron desde el Pará escuadras de portugueses y ladrones, llevando no pocas veces por caudillos de sus crueldades a unos religiosos Carmelitas. Destruyeron los pueblos, arruinaron las iglesias, robaron las cosas sagradas, obligaron con desacatos y amenazas a que nuestros misioneros se retirasen al Marañón Superior; ahuyentaron a muchos de los indios; a los más, después de indignos maltratamientos, llevaron presos y esclavos al Pará; entregaron a los Padres Carmelitas los pueblos, tan destrozados que solo cinco quedaron, y estos muy

faltos de gente. Y esto han hecho sin que valgan las súplicas, las protestas y las lágrimas, y esto hacen hoy permitiendo a los piratas y a la chusma insolente de mamelucos desalmados y criminosos retraídos en el Pará... Otros tuvieron atrevimiento de subir hace cuatro años hasta Santiago de la Laguna, cabeza de nuestras Misiones, esparciendo voces con que amedrentaron a los indios, a quienes decían que en breve subiría una tropa portuguesa a llevarse cuantos pudiesen cautivos al Pará. Lo mismo hicieron otras veces con sus invasiones, ahuyentando de los pueblos los indios de San Joaquín de Omaguas, casi todos los de Yurimaguas, los Mayorunas, los Ticunas, etc.”

Y el mismo P. Zárate, vuelve a escribir desde San Joaquín de Omaguas, el 24 de enero de 1737, al gobernador del Pará Antonio Duarte, protestando solemnemente en nombre de su Majestad Católica y de la Compañía contra todo lo obrado por el alférez José Ferreira de Melo, y le requiere por ésta para que desocupe las aldeas que desde la de San Pablo hasta el río Negro tiene ocupadas y usurpadas... Mi religión de la Compañía de Jesús está injustamente despojada de los pueblos de los Omaguas y de otros que conquistó para la santa fe católica el P. Samuel Fritz, y ahora poseen los Padres Carmelitas. El despojo se ejecutó con violencia y contravieniendo a la prohibición del Sumo Pontífice Alejandro VI, y a las ultimas paces de las coronas de Castilla y Portugal”. Más claro no se puede ver lo injusto de esas irrupciones, repetidas y apoyadas por las mismas autoridades portuguesas. Pero al mismo tiempo no podemos menos de ver la valentía y entereza de los misioneros en la defensa del territorio. Lo cierto es, que desde entonces se perdió para el Perú hasta la boca del Yavarí y no se ha vuelto a recobrar. Y como vamos a ver tal vez hubiese pasado lo mismo con otra buena parte de territorio a no ser por la resistencia tenaz de los jesuitas contra los portugueses.

Lo trae el P. Velasco en la pág. 235 del tomo tercero de la obra tantas veces citada. En 1732 intentaron los portugueses establecerse en el Perú todo lo más al interior que pudiesen; y para ello prepararon una grande armada (parecida a la que saqueó los 40 pueblos 22 años antes), compuesta no tanto de combatientes, cuanto, de gente buena para poblar y hacer fortalezas, y subieron por el Marañón en innumerables piraguas, barcas y canoas. El intento de esta expedición, no era sólo apoderarse de la boca del Napo, sino de todo su curso hasta la boca del Aguarico. Habían resuelto fabricar primero allí una plaza fuerte, e ir fortificando después todo lo que dejaban atrás hasta el Yavarí, de que ya estaban enseñoreados. A esto se opuso con valor y constancia el P. Juan Bautista Julián, y con mayor eficacia el P. Nicolás Singler, que le sucedió en ese tiempo. Armó a los indios de los pueblos de las misiones que se hallaban altamente ofendidos contra los agresores; pidió cuanta gente blanca pudo ir de las ciudades menos retiradas; y después de varios debates, consiguió triunfar, y hacer que, sonrojados los portugueses, desalojasen el terreno y se volviesen sin haber conseguido en esta ocasión la más mínima ventaja.

Con esta ocasión escribió el P. Singler un largo manifiesto poniendo claros los derechos y posesiones del Perú en todo el río Marañón, con que enmudeció al Gobernador del Pará. Este manifiesto lo mandó a la corte de España el P. Andrés de Zárate en 1737.

La intentona de los portugueses de 1732 la traen también Jorge Juan y Antonio de Ulloa en sus Noticias Secretas de América, capítulo V, pág. 377.

Con lo expuesto tenemos ampliamente probado cuáles fueron las causas de la despoblación de las misiones, sobre todo con las epidemias; lo que se comprende fácilmente, dada

la índole de los indios y su completa carencia de higiene, junto con la falta de los medios de que dispone hoy la medicina moderna para cortar y prevenir muchas enfermedades. Y a propósito de este asunto encontramos una cosa sumamente interesante que dice el P. Chantre en la Historia de las Misiones de Mainas, libro X, cap. XII, pág. 525, que estando extendida la viruela por el Marañón, el P. Pedro Esquini, superior de la misión, “viendo que el contagio de las viruelas era irremediable, se determinó como persona capaz y de experiencia, a ingerir a los indios viruelas de buena calidad para evitar las que corrían de mala suerte. Logrólo con facilidad, y de esta manera libró a la mayor parte de la gente que había quedado en la reducción”. Esta reducción era de los Chamicuros. La fecha, aunque el P. no la pone, parece por el contexto que fue hacia 1760, pues cuenta después en 1762 la llegada del Gobernador, etc. Tenemos, pues, con esto, que la invención de la vacuna ocurrió en el Perú por el florentino P. Esquini, bastantes años antes que en Europa, cuando la descubrió Jénner, quien no la hizo pública hasta 1796, si bien estuvo probándola durante veinte años de observaciones y experimentos. Pero con todo, el descubrimiento en el Perú fue anterior.



*Paisaje del Amazonas tantas veces navegado por los Misioneros Jesuitas de Mainas.*

Lo que hemos dicho de las misiones de Mainas con respecto a su despoblación por las pestes, rebeliones, etc., fue común en otras misiones también. Así se ve en la “Conquista de la Montaña” por Ricardo García Rosell, Lima 1905. En la pág. 18 dice: 1691 “Se disminuyen tanto las misiones del Perené, (de Padres Franciscanos) por las correrías de infieles y de la viruela, que apenas quedan 4 pueblecitos de 200 almas”. Y en la pág. 21: “Las misiones de Ocopa sufren un rudo golpe. El indio apóstata Juan Santos Atahualpa subleva a los pueblos del Gran Pajonal, y se pierden 30 pueblos”. Y en la pág. 28: “Se adoptan los arbitrios proyectados por el gobernador del río Putumayo, para refrenar las correrías de los portugueses”.

Como ya antes hemos indicado, los jesuitas que trabajaron en las misiones de Mainas fueron 161, los que, según las distintas nacionalidades, eran los siguientes: “Españoles, 43; americanos, 63; alemanes, 32; italianos, 20; portugueses, 2, y franceses, 1.

El problema de la reducción de los indios a pueblos, y en ellos a vida civilizada, ha sido siempre una preocupación que ha interesado mucho a la Iglesia Católica y a las naciones. Y la representación de contacto inmediato con los indios para realizar esa nobilísima obra, han sido, los misioneros y las autoridades civiles de los pueblos centrales de las misiones. Grandes son las dificultades que siempre se han presentado en la práctica de la reducción y conversión de los indios. Y algunas veces han creído las autoridades civiles que los medios empleados por los misioneros no eran los más acertados. Que el ir siempre la cruz delante de la espada, no siempre daba el mejor resultado, y que a veces sería bueno que la espada fuese delante de la cruz. En otras palabras; que en la conversión de los indios, no siempre se debía de proceder por los medios suaves de la persuasión y enseñanza de la doctrina del evangelio, sino que se debían tomar otros medios más radicales, que obligasen en cierta manera a los indios a someterse por la fuerza, y que luego se les predicase y se procediese a su instrucción y civilización. Esta fue en repetidas ocasiones la creencia de las autoridades civiles de las misiones de Mainas.

Nunca fue esa la doctrina de los misioneros, ni en teoría, ni mucho menos en la práctica. Las instrucciones que tenían de sus superiores, y que siguieron siempre con toda fidelidad, lo dicen clara y terminantemente. En la primera expedición de jesuitas que envió San Francisco de Borja el 2 de noviembre de 1567 al Perú, a petición de Felipe II, en la que venía de provincial el P. Portillo al frente de otros 7,

traía una instrucción del Santo en la cual le decía: “Procúrese ir a pocas partes, para que no se repartan en muchas los pocos que van. Así se podrá sustentar mejor adelante lo que se emprendiere. Donde quiera que fueren, atiendan primero a los ya hechos cristianos, y después se atenderá la conversión de los demás, que no son bautizados, procediendo con prudencia, y no abrazando más de lo que puedan apretar. Vayan ganando poco a poco y fortificando lo ganado, que la intención de su Santidad es que no se bauticen más de los que se puedan mantener en la fe. Tengan mucha advertencia que gente es aquella en que han de aprovechar, qué errores y sectas de gentilidad siguen, que inclinaciones y vicios tienen; si hay doctos o personas de crédito entre ellos, para que estos se procuren ganar como cabezas de los otros, y qué remedios se puedan y deban aplicar; y con los de más entendimiento procúrese antes con suavidad de palabras y ejemplos de vida aficionarlos al verdadero camino, que por otros rigores”. (P. Astrain, Hist, de la Compañía, tomo VII, pág. 304).

En estas mismas ideas abundaba el Conde de Chinchón, virrey del Perú, sacadas como él indica de la experiencia, cuando escribiendo a Felipe IV le decía: “En el Perú hay muchas tribus idolatras en torno de los países habitados por los españoles. Varias veces se han hecho entradas con los soldados, pero nunca se ha conseguido ningún fruto estable, ni fundación alguna que diese esperanzas de algún progreso, ni espiritual, ni temporal. El único remedio posible sería encomendar a los Padres de la Compañía este negocio para que hiciesen lo que están haciendo en el Paraguay. Atendido el celo y la buena maña de los jesuitas, es de esperar que conquisten a los indios, yéndose a vivir entre ellos, y que formen pueblos con los indígenas, instruyéndolos poco a poco en las verdades de la fe y en las costumbres de la vida civilizada.

(Id. Tomo V, pág. 428). Y esta era en efecto la práctica que se usaba en todas las misiones de los jesuitas: y en particular, para recibir el santo Bautismo. Dice el P. Figueroa en la relación de 1661, “se procura lo reciban con libertad y de su voluntad, y en ninguna manera forzados”.

El fruto conseguido por estos medios de suavidad y prudencia lo notaron muy bien, y lo dejaron consignado en las Noticias Secretas de América, Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Lo tratan extensamente, y no ocultan la complacencia que sienten en ello. Esto se nota en todas las páginas que tratan de los jesuitas. Pero como sería muy largo traer aquí todos los testimonios, sólo citaremos algunos e indicaremos dónde los exponen. Tratan desde la pág. 360 en adelante, y en la 384 dicen: “Todas las religiones predicán el evangelio, y todas son propias para instruir en la fe de Jesucristo, y para doctrinar en ella a los infieles; pero en donde se hace preciso que el agrado, el cariño, la suavidad y la dulzura vayan haciéndose dueros de la voluntad, para que adquirido por estos medios el triunfo de la confianza hallen lugar las persuasiones, es preciso hacer elección de sujetos en quienes concurren estas circunstancias, pues de ellas se debe esperar el buen éxito de la conquista. Esto se halla en la Compañía de Jesús... De aquí nace que ninguna otra religión ha hecho tanto fruto en las misiones de las indias. Así lo está manifestando el progreso que tienen hecho en el Marañón.



*Salvajes cazando en el Huallaga.*

Concordando con estas ideas, y con la instrucción de San Francisco de Borja, procedía aquel modelo de misioneros de los Cofanes P. Ferrer, del cual escribe el P. Velasco, tomo III, pág. 137, que practicó siempre tres máximas con los indios, que lo hicieron maestro consumado de prudencia, y que le dieron un resultado prodigioso. Primera; hasta haber ganado la voluntad de los bárbaros no les hablaba de religión. Segunda; ganar primero a los jefes y procurar con todo empeño mantener y hacer respetar todos sus derechos y autoridad. Tercera; instruir primero y en particular a esos jefes y a otros pocos de los más capaces, para que hiciesen de catequistas y autorizasen la religión que les enseñaba.

Pero además de esto, dada la condición de los indios y su estado de barbarie, necesitaban también los misioneros

como ayuda y defensa, la espada, o sea cierto número de soldados que pudieran impedir los desmanes de los indios y mantenerlos en su debido respeto al misionero y a su doctrina. Por eso los autores de *Noticias Secretas* añaden en la pág. 387: “Los indios son de tal naturaleza que, aunque se hace indispensable para civilizarlos el que tengan a la vista algún temor, ha de ser esto con tanta templanza que no lleguen a horrorizarse con él, sino que sólo sirva para contenerlos, y para que conozcan que hay fuerzas prontas para sujetarlos si dan motivo a usar de ellas abusando de la bondad con que se les trata”.

Tales son los testimonios de los que conocieron a fondo y vivieron los métodos usados por los jesuitas en la conquista de los indios. Pero, además, el editor de *Noticias Secretas*, David Barry, como cautivado por ideales tan nobles y prácticas tan cristianas y humanitarias, e indignado por la injusticia con que los enemigos de los jesuitas han procedido con ellos, está como conteniéndose para salir a su defensa y al mismo tiempo a la defensa de la verdad ultrajada. Así lo manifiesta en una larguísima nota desde la pág. 408 a 414, antes del capítulo sexto de *Noticias Secretas*, donde dice: “Habría observado el lector en el contenido de este capítulo el grande aprecio que los autores hacen de la política religiosa de la Compañía de Jesús, y la decidida preminencia que dan a esta religión para la fundación y manejo de las misiones. El editor de esta obra hubiera hecho algunas notas para ilustrar y justificar aquella opinión, pero el inconveniente de interrumpir la narración ha suspendido sus observaciones hasta el fin del capítulo, cuando ha juzgado no sólo conveniente más necesario presentar al lector un bosquejo del sistema filosófico y admirable régimen que observaron los jesuitas en sus misiones, ejemplificando en los célebres establecimientos que hicieron con varias naciones de indios en el Paraguay”.

Para después a dar cuenta de ese sistema y lo prueba con hechos y números; dice que el Abate Raynal forma un paralelismo ingenioso entre los Incas y los Jesuitas, y entre otras cosas dice: “Una política más liberal, la administración más imparcial de justicia, un desinterés personal, costumbres correspondientes a la doctrina que predicaban, una doctrina apropiada al sistema que se proponían, eran los medios de que se valían; y una paciencia, la más admirable era la única fuerza que triunfaba en todas sus empresas”. Trata luego de la esclavitud con que algunos españoles trataban a los indios, y hace notar lo celosos que fueron siempre los jesuitas de la defensa y libertad de los indios, (como hemos visto en los encuentros con los portugueses y lo mismo hicieron con los vecinos de Borja y en otras varias ocasiones) y prosigue: Los jesuitas conociendo esto, se propusieron tratar a los indios con la más tierna humanidad; los instruían como a niños, los corregían como a pupilos, y si cometían faltas los reprendían como a hijos. Ofendidos los avaros conquistadores con el contraste, clamaron contra la conducta de los jesuitas de las misiones más cercanas. Ellos contestaron: Nosotros no pretendemos oponernos a los aprovechamientos que por las vías legítimas podréis sacar de los Indios; pero vosotros sabéis que la intención del Rey jamás ha sido que los miréis como a esclavos, y que la Ley de Dios os lo prohíbe. Los que procuramos ganar para Jesucristo vosotros no tenéis ningún derecho sobre ellos, y nosotros trabajamos para hacerlos hombres y verdaderos cristianos.



*Iquitos, antes Sta. María de la Luz, fundada en 1740 por el P. Jesuita José Bahamonde.*

En la pág. 536, no contento con lo dicho, vuelve en otra muy larga nota a tratar de la influencia y riquezas de los Jesuitas, y de su expulsión por Carlos III, y analiza los puntos y cargos que les achacaban y dice que: “No presume vindicar a los jesuitas, pero tampoco puede ensordecer a las razones que hacen desvanecer los mal fundados cargos contra ellos. Cita el juicio del Deán Funes de Buenos Aires, que dice: La fuerza jamás se burló con más insolencia de los débiles, pues al condenarlos no se los escuchó ni se dieron otras causas que las reservadas en su Real ánimo. Sigue refutando los cargos y haciendo un justo elogio de la Compañía en toda la nota que llega hasta la pág. 542.

Pero como antes hemos indicado no siempre eran conformes las autoridades con el método de los jesuitas, y más de una vez quisieron y aun les obligaron a usar la fuerza de las armas contra todo el parecer y voluntad de los misioneros. Tal fue el caso de D. Martín de la Riva, gobernador de Cajamarca, como lo trae el P. Chantre en su obra de las Misiones del Marañón, pág. 176. Quería D. Martín conquistar a todo trance a los Gíbaros en el territorio al N. del río Santiago, y obligó al P. Santa Cruz le proveyese de los indios necesarios que fuesen con los españoles. Hízolo así el P. y él en persona les acompañó para ayudarles en todo lo que pudiese. Estuvieron varios meses sufriendo grandes trabajos; pero no pudieron conseguir lo que pretendía. Los indios no se dejaban ver, sino que caían de sorpresa sobre los españoles y los indios lo mismo de día que de noche y se escondían luego entre las breñas. Hizo ver el P. Santa Cruz a D. Martín lo desacertado del modo de conquistar a los Gíbaros, pero no cedía el Gobernador; hasta que, al cabo de muchos meses y muchos descalabros, tuvo que abandonar la empresa con bastante menguada gloria.

Otra fue acometida por orden del Rey, la que traen el P. Chantre en la pág. 303, y el P. Astrain en el tomo VI. lib. III. cap. IX. Decía el Rey que se procurase la reducción de los Gíbaros; y el P. Viva superior de las misiones, encargado apretadamente por el P. Francisco Altamirano, Visitador de la provincia, para que obedeciese el mandato del Rey y la exhortación de la real Audiencia y el Prelado de Quito, se dio a discurrir sobre el modo que se podría adoptar para reducir gente tan obstinada. Durante medio siglo se habían adoptado todos los medios suaves de la caridad cristiana. Era evidente que aquello indios sólo se podían reducir por la fuerza o por lo menos se les obligaría a vivir en paz con los cristianos. Después de mucho discurrir sobre ello, cuenta el

P. Viva la ejecución de la empresa. En el verano de 1691 junté entre las misiones 130 canoas, 800 Jeberos, 60 españoles y 4 padres misioneros y los llevé a Gíbaros, camino de 40 días de río peligrosísimo, pasando el Pongo de Manseriche que son dos peñas abiertas por donde pasa el Marañón, y da horror el verlo cuanto más el pasarlo. En Gíbaros con dicha armada prevenida de armas y bastimentos estuve dos meses, (le habían mandado expresamente que acompañase la expedición) repartiendo desde el real que hice en medio de los Gíbaros, todos los indios y españoles para que reconociesen la tierra y cogieran como a venados a dichos Gíbaros. Cogí 374 almas y las envié en balsas río abajo a nuestras misiones. Reconocí en esa primera entrada que los Gíbaros eran muchos, que los defendían no tanto sus armas cuanto la traición de noche y mucho más la serranía tan agria por la cual estaban repartidos en los puntos más altos de ella, con que nuestros indios no podían aguantar mucho tiempo aquel camino fragoso, los desvelos de todas las noches, en las cuales embestían los Gíbaros a nuestros reales y el hambre, que de ordinario era el mayor enemigo de nuestros indios, pues llevaban la comida acuestas con que en breve faltaba. Allí estuvieron varios años, y hasta empezaron a fundar una ciudad, pero fue todo un fracaso completo. Y en 1696 en un informe se leen estas tristes noticias. “No se puede cumplir lo mandado, viendo y tocando con las manos el estado presente de las misiones, tan alborotadas, cansadas, perdidas, y exasperadas por Gíbaros, no de miedo de pelear con ellos, sino del hambre, de las tierras tan ásperas y del mal tratamiento que de ordinario se les hace. En cinco años se ha logrado sacar de sus escondrijos a 1,360 Gíbaros; pero ¿qué provecho espiritual se ha recogido? Decir que se salvan estas almas, es cuento para escribirlo de lejos, no para creerlo quien lo toca con las manos. De esos cautivos muchos se ahorcan y

desesperan; otros, desesperados se echan a morir sin querer comer y beber; otros métense palos en la garganta y se ahogan. Al fin, los Gíbaros son como brutos animales”.

Claramente se ve, pues, que el método usado por los misioneros es el más racional, el más humano, y sobre todo el más cristiano, y que estos métodos violentos de cazar a los indios como a fieras es enteramente contraproducente; con él no sólo no se consigue reducir a los salvajes, sino que más bien hace huir a los bosques a los ya reducidos. Y aquí tenemos la gran diferencia usada en América en la conquista del indio. El sistema católico de España y el sistema protestante de Inglaterra. El primero acoge al indio como hermano, vive con él, se sacrifica por él, se une con él y forma una nueva raza; el segundo, el protestante, se desdeña de acercarse al indio, se considera muy superior a él, vive aislado de él, y en vez de civilizarlo, en vez de conquistarlo, lo persigue, lo destruye, lo aniquila. Sobre todo, desde 1622, el trato de los ingleses con los indios se reduce en las colonias británicas al exterminio sistemático, alevoso y pérfido. Por eso las razas indias de la América española se conservan en su mayoría y también sus lenguas; pero los indios del norte han sido exterminados casi totalmente, o viven todavía en el estado salvaje. No es extraño, pues en vez de conquistarlos llegó a tal extremo su persecución, que se pagaba a los colonos por la cabeza de un indio como si se tratara de la cabeza de un lobo. (Estévanez, Historia de América, pág. 165).

Y toda esta obra benéfica y civilizadora con los indios, se debe a los misioneros; y como hemos visto, y lo dijimos al principio de este trabajo, los misioneros jesuitas cumplieron como buenos con su deber, con el fin de la Compañía y con la esperanza que los reyes y los pueblos tenían en ellos y en la conversión de los indios. En una palabra, cumplieron con el ideal del misionero católico.

El misionero, mirado por muchos con indiferencia y aun con desprecio, se merece mejor que nadie nuestro respeto y amor. El ha dejado su familia y su patria, con todas las comodidades de la vida, y sólo por caridad y amor de Dios y del prójimo, consagra su vida toda al bien de éste. Se interna en las selvas, con gran peligro de su salud y hasta de su vida; nueve jesuitas derramaron su sangre a manos de los indios en Mainas, y lo mismo sucede en otras misiones católicas. Con su admirable paciencia reduce a los salvajes a la vida social y civilizada; les enseña el fin para que Dios les ha criado y el camino del cielo, por medio de la Ley de Dios, única ley capaz de hacer de salvajes hombres civilizados. Así se ha civilizado el mundo, y así se están civilizando nuestras selvas de oriente. No son los sabios los que conquistan al indio salvaje; no son los inventores, ni los comerciantes, ni los mineros, ni los abogados, ni los ingenieros, ni los artistas, ni los poetas, ni los periodistas, ni ninguna otra clase de la sociedad: es el sacerdote, el misionero. Y todo sin esperanza ninguna de recompensa terrenal. Sólo por amor de Dios y del prójimo por Dios.

El misionero es otro Cristo, que vive y muere sacrificado por salvar a los hombres. No espera recompensa humana; su recompensa es Dios. Y el salvaje lo conoce. Por eso al blanco muchas veces le ataca; pero al misionero le respeta, le ama y le tiene por el mejor amigo.

De todos los pueblos fundados por los misioneros jesuitas, que como hemos visto fueron 173, no todos existieron al mismo tiempo ni todos permanecieron hasta que en 1768 salieron de las misiones. En las epidemias y en las rebeliones quedaron muchos abandonados por falta de moradores, y después unos se volvían a poblar, pero otros no. Los que existían a la salida de los jesuitas eran 41, y el número de los misioneros que había en ellos era de 19. Este número

fue vario durante los 130 años según la abundancia de sujetos crecía o disminuía, y así vemos que en 1712 había sólo nueve, en 1741 diez y nueve, en 1746 diez y ocho, y cuando más hemos visto fue en 1762, que había 24 misioneros en 35 pueblos.

Actualmente hay todavía algunos de los 41 que había al salir los misioneros, que llevaban la denominación de los antiguos o muy parecida. Vamos a indicar los que hemos podido comprobar con relación al mapa de la Sociedad Geográfica de Lima de 1912, pues creemos que es uno de los más autorizados. Borja, antes San Francisco de Borja; Jeberos, antes la Concepción de Jeberos; Yurimaguas, Paranapurás, antes Nuestra Señora de Loreto de Paranapurás; Cahuapanas, antes la Concepción de Cahuapanas; Lagunas, antes Santiago de la Laguna. Al fundarlo en 1670 el P. Lucero le llamó Nueva Cartagena, y ese nombre lleva en el mapa general del atlas del P. Carrés, número 33. Lo mismo ocurrió con la actual Barranca, donde se trasladó la ciudad de Borja y se llamaba en 1768 Puca-barranca o Nuevo Borja. Santa Cruz, antes San Regis de Lamistas; Andoas, antes Santo Tomás de Andoas; Pinches, antes San José de Pinches; Omaguas, antes San Joaquín de Omaguas; San Regis, antes San Regis de Yameos; Pebas, antes San Ignacio de Pebas; la ciudad de Iquitos, antes Santa María de la Luz de Iquitos; San Javier del Curaray, Antes San Javier de Icaguates; Santa María, antes Santa María de Guayoya, San Pedro, antes San Pedro de Aguarico.

Con esto terminamos nuestro trabajo lamentando no pueda ser más completo por falta de los documentos necesarios para llenar los vacíos que quedan, y que habrá notado el lector.

Sin embargo, creemos que es una gloria muy grande para la Compañía de Jesús el haber desarrollado esa campaña civilizadora en esa privilegiada región del Perú, riquísima por muchos conceptos y haber contribuido en la ciencia geográfica tan brillante como hemos visto con los trabajos de los misioneros.

Hoy vuelven a trabajar aquí los Jesuitas en una pequeña parte de lo anterior; Misión de San Javier del Marañón, pero hay más de 3,500 desde Alaska hasta Oceanía y en Asia y África de misioneros lo mismo que los que trabajaron en Loreto, enseñando a los hombres el camino del cielo y estudiando la tierra y la naturaleza con el mismo empeño y constancia que lo hicieron en Mainas.

Santos García S. J.

---

A. M. D. G.





Sociedad Geográfica  
de Lima

ISBN: 978-612-4344-27-5



9 786124 344275